

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 149.

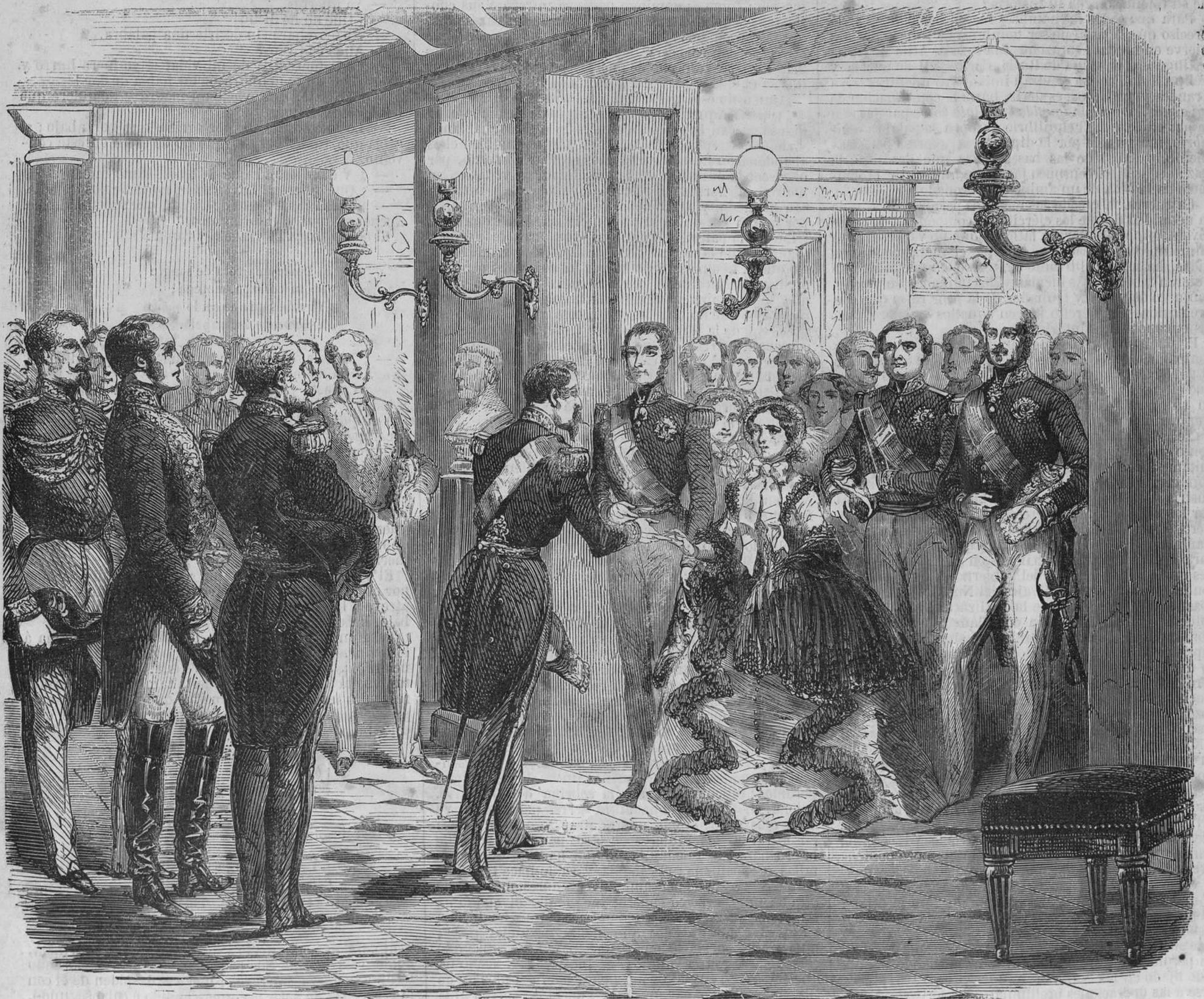
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

Recepcion del duque y de la duquesa de Brabante en el palacio de Saint-Cloud; grabado. — Costumbres españolas.

— Revista de Paris. — El tribunal de Cuentas; grabados. — Los amores de un ruiseñor y de una rosa. — Recuerdos de un viaje. — Fiesta de los expositores dedicada á S. A. I. el príncipe Napoleon y á la comision imperial; grabados. — Exposicion Universal de la Industria. — Los knownothings.

— Exposicion Universal de Bellas-Artes; grabados. — Amor desgraciado de un turpiat. — Las jamonas. — A Alemania. — Vista de las sepulturas de los capuchinos de Palermo el día de los Difuntos; grabado.



Recepcion del duque y de la duquesa de Brabante en el palacio de Saint-Cloud, el 12 de octubre de 1855.

## Costumbres españolas.

## LA QUINTA Y LOS QUINTOS.

Los sueños de los grandes hombres contados en bellas frases tienen el privilegio de fascinar á la humanidad; porque como llaman siempre á las puertas del sentimiento, del interés, ó de la soberbia, encuentran benévola acogida, defensores y apóstoles en el seno de la familia cuyos vínculos tienden á estrechar, en la ambición que despiertan, ó en el espíritu rebelde del hombre que pretende arrancar al Criador el secreto de sus maravillas. Así Carlos V y Napoleón que soñaron con la monarquía universal, tuvieron numerosos ejércitos y fuertes armadas que creían posible la fusión de todas las nacionalidades en una nacionalidad común; así las ideas que Tomás Moro vertió en *La Utopía* y Campanella en *La Ciudad del Sol*, vienen fanatizando á las clases que mas sufren y que ignoran mas; así se ha perpetuado casi hasta nuestros días la raza de los alquimistas; y ¿quién sabe si en estos momentos mismos habrá algún químico encerrado en su laboratorio, buscando entre retortas y alambiques el medio de fabricar el dorado metal que la madre tierra elabora en sus entrañas?

Pero entre los sueños de oro que han hecho fortuna en el mundo, ninguno tan dorado ni tan sueño como el que habla de la *paz universal*; bella teoría que está en la conciencia de todo el que tiene corazón; imposible reconocido como tal por todo el que sabe hacer buen uso de su cabeza.

La paz vale mucho sin duda. A la sombra de su blanquísimo lábaro prosperan las ciencias y las artes, se abren desconocidos veneros de riqueza pública, circula el numerario en abundancia, y no interrumpen los santos goces del hogar el estruendo de las batallas y el ¡ay! de muerte del hijo que cae bajo el plomo homicida. La guerra es la conmoción, el retroceso, el exterminio: en la atmósfera de pólvora y sangre evaporadas en que va envuelto el terrible azote, se ahogan los pueblos. A cualquiera que le den á elegir entre la guerra y la paz, elegirá la paz; ¿pero podrá hacerlo siempre sin menoscabo de sus intereses, de su honor, de su reputación, de su historia?

Para que todos los hombres fuesen hermanos, sería preciso que dejasen de ser hombres. La sangre de Cain hierve en muchos corazones; la raza de Atila no se ha extinguido; Catalina de Rusia, Carlos XII de Suecia y Felipe II de España tendrán imitadores mientras haya grandes y pequeños, es decir, hasta la consumación de los siglos, porque la *igualdad absoluta* corre parejas con la *paz universal*. El equilibrio europeo (la palabra *equilibrio*, muy usada por la diplomacia) expresa perfectamente lo frágil de las bases sobre que descansa la paz; el equilibrio europeo jamás podrá resistir el contacto de la bota de un ambicioso coronado.

La guerra ha creado los ejércitos permanentes, y de la necesidad de que los ejércitos se compongan de gente joven á propósito para la fatiga y que no vacile cuando en nombre de la patria se le exija el sacrificio de sus vidas, ha nacido el tributo de sangre, en los países que quieren tener tropas lucidas y disciplinadas en vez del conjunto de vagos y truhanes de la peor ralea que con pretensiones de ejército poseen aquellos que prefieren los enganches voluntarios.

El pueblo aborrece las quintas, como aborrece las contribuciones, como aborrece las demás cargas que el gobierno le impone para el sosten del Estado; porque el pueblo en su rudo egoísmo dice lo que Luis XIV en su orgullo de monarca: — *El Estado soy yo*. No comprende que el Estado es el juez que le hace justicia, el sacerdote que le recibe al nacer y reza un responso sobre su sepultura, el médico que le asiste gratuitamente en sus enfermedades, el ingeniero que le abre caminos para dar salida á los productos de su industria y de su agricultura, el guardia civil que vela por las vidas y los intereses de los ciudadanos, y el ejército que defiende sus hogares de las invasiones extranjeras. El pueblo se imagina que no hay derecho para exigirle algunos sacrificios en cambio de los bienes que recibe de manos del gobierno, y quisiera vivir con la libertad que los salvajes del Nuevo Mundo, pero gozando de las ventajas de la civilización. La junta revolucionaria que imperaba en Salamanca el año anterior, trató de poner en planta este sistema y al efecto suprimió de una plumada todos los impuestos y mandó un comisionado á Valladolid para que le dieran dinero con que hacer frente á las atenciones de la provincia. Los huesos de Federico Bastiat brincaron de gozo en el fondo de su tumba al saber el portentoso descubrimiento de los economistas salmantinos.

No hace mucho tiempo asistíamos por casualidad á un juicio de exenciones (llámase así el acto en que los mozos á quienes ha cabido la suerte de soldados manifiestan si se encuentran comprendidos en alguno de los casos que marca la ley para eximirse del servicio militar). Presentóse un joven artesano y el presidente le interrogó en estos términos: — ¿Tiene Vd. alguna exención legal? — Sí señor, contestó el mozo poniéndose colorado como la grana, con los ojos bajos, y dando vueltas al sombrero. — ¿Cuál? — Que no quiere mi madre que vaya á servir al rey. Hé aquí el origen del horror con que generalmente es mirada la contribución de sangre; las madres que no quieren separarse de sus hijos, pobres y tiernos vástagos que considerarán perdidos desde el momento que un bando del alcalde fijado en las esquinas, anuncia que va á procederse á las operaciones preliminares del sorteo.

El lugar se conmueve. Cuéntase por horas la edad que tiene este mancebo; inquiere si el otro mantiene ó no á su madre viuda, pues en el primer caso está libre y no es justo que se haga un *enjuaje* y salgan luego perjudicados los demás mozos; averiguase la verdadera residencia de los ausentes; en fin, no hay hombre, mujer ni chico que no se convierta *motu proprio* en agente de policía, con la piadosa intención de echar el muerto al vecino. ¿Qué mas? Las madres que hasta entonces han contemplado llenas de orgullo y satisfacción la gallarda presencia de sus hijos, envidian para ellos la joroba del sacristán, las piernas torcidas del tio Carranque, ó por lo ménos el ojo nublado del fiel de fechos. En cuanto á los mozos, así que se acerca la quinta sienten ciertos deseos de ver nuevas tierras, y quantas veces se reúnen á jugar á los bolos ó tirar á la barra recuerdan con delicia los vistosos uniformes de los últimos soldados que pasaron por el pueblo, y la historia del hijo del primo del sobrino del señor cura, que habiendo salido quinto llegó en un dos por tres á general. Pero cuando mas contentos se hallan, llega á sus oídos, helando su naciente entusiasmo, una voz gangosa que recita esta sentida al par que bárbara invocación: — ¡Madres que tenéis hijos! considerad la tristeza y desconsuelo en que se encuentra este pobrecito ciego de un fogonazo de cañon, en lo mejor de su vida y sin poderlo ganar.

El día del sorteo llega por fin entre temores y angustias. Aquella mañana el altar de la iglesia aparece iluminado por muchas mas velas que de ordinario: son ofrendas de las desoladas familias de los mozos que entran en cántaro. La mica del alba, á la cual por lo común asisten únicamente algunos labradores viejos, cristianos rancios de aquellos que siguiendo una piadosa costumbre de nuestros antepasados, no anuncian un propósito sin que vaya precedido de la frase — *si Dios quiere*, — ha estado muy concurrida de individuos del sexo débil: eran madres que iban á pedir por el fruto de sus entrañas á los piés de la Virgen Maria, madre de los afligidos, y muchachas casaderas que con los ojos arrasados en lágrimas ofrecían á san Antonio una vela de á cuarteron y un ramo de lilas si sus novios sacan número alto. En las calles hay mucha animación; como es domingo nadie se entrega á sus cotidianas ocupaciones. En el interior de las casas no se oye, como vulgarmente se dice, una voz mas alta que otra; pueden conocerse las casas de los mozos por los gritos que, á despecho de puertas y ventanas cerradas, hieren el oído y parter el corazón de los transeuntes...

¿Quién no está triste el día del sorteo? ¿Quién? Aquel grupo de hombres de mediana edad que se pasean bajo los soportales de la plaza, hablando y riendo estrepitosamente. Y es porque tambien ellos abandonaron hace algunos años el hogar paterno, por obedecer la dura ley de la necesidad, y vistieron el honroso uniforme del soldado español, y se batieron con denuedo, y se pronunciaron veinte veces sin saber por qué ni por quién se pronunciaban. Han pagado su tributo á la patria, y gozan en que otros le paguen. Veteranos de la guerra civil, de aquella horrible lucha en que el tiempo se contaba por los combates perdidos ó ganados, miran casi con desprecio y lástima á los que se compunguen y afligen á la sola idea de *coger el chopo hoy* que no hay guerra ni cosa que lo valga.

El reloj de la torre da las once... ¡Ay pobres madres, con cuanto terror contáis esas lúgubres campanadas! ¿No es verdad que la campana del reloj suena hoy de distinto modo que ayer? ¿Cómo se prolongan sus golpes! Parece que se queja, que ruega, que se enfurece. El metal herido por el metal, gime como el hermano herido por el hermano.

Una hora despues, de las casas consistoriales, donde se ha celebrado el sorteo bajo la presidencia del alcalde y por mano de dos inocentes niños, salen confundidos la risa y el llanto. Media docena de mozos aparecen en la Plaza con los semblantes descompuestos y los ojos húmedos, rodeados de otros muchos jóvenes que manifiestan su alegría por haber salido libres arrojando al aire los sombreros y gritando — ¡Viva Dios! — Dejemos á estos últimos entregados á tan natural alegría, y pues ha nacido el quinto, tipo de cortísima existencia, no le abandonemos un instante hasta dejarle convertido en recluta hecho y derecho.

Las primeras impresiones que recibe el quinto cuando un chiquillo motilon lee su nombre y el número que le cabe en suerte, son sumamente dolorosas. Sus padres, sus hermanos, su novia, su lugar, todo cree que se lo arrebatara aquel pícaro número, pronunciado con cierto retintín que le zumba en la oreja por espacio de una hora. El cariño de hijo, de hermano y de amigo se desarrolla instantáneamente en su corazón con una violencia espantosa. Sitios que hasta entonces le han parecido poco agradables, empiezan á representarsele bañados en las risueñas tintas de los objetos perdidos; muchachas como la sobrina del boticario, pelona, chata, y por añadidura derrengada, tienen ya á sus ojos un *no sé qué* que le atrae y que no piensa encontrar en las mujeres de otros países. El rigor de la ordenanza le amedrenta; lo que ha oído de las batallas le espeluzna; el cabo de vara le hace temblar. Pero á esta serie de pensamientos é impresiones sucede otra de muy diverso género, luego que el quinto ha llorado entre su familia toda el agua que ha bebido en los diez y ocho años que cuenta de andar por el mundo. La suerte lo ha dispuesto; no hay mas que conformarse con la voluntad de Dios, que tal vez lo ha querido así en sus altos fines para bien del mozo y de sus padres. Cierta es que en la guerra se corren gra-

vísimos peligros, mas tambien lo es que por cruenta que la guerra sea no mueren la mitad de los que van á ella. ¿Y porqué no ha de ser el quinto uno de los que salgan ilesos? Además eso de estar hoy en una población y mañana en otra, viendo continuamente cosas nuevas y nuevas caras, debe de ser muy hermoso. El soldado es bien recibido donde quiera que se presenta, y aunque el año venga malo y se pierda la cosecha, la reina le da techo bajo que cobijarse, alimento, calzado, vestido y tres ó cuatro cuartos de sobras para tabaco, agujas, hilo, bola y jabon.

Estos consoladores pensamientos tranquilizan al quinto respecto al porvenir, y como si quisiera hacer público alarde de la serenidad con que arrostra su mala suerte, coge la destemplada vihuela y sale por el lugar cantando como un desesperado:

Salid, muchachas, salid  
Por ventanas y balcones;  
Que la gracia de los quintos  
Os roba los corazones.

Su novia se asoma á la reja.  
— ¿Con qué te llevan, Colás?  
— Es tan cierto como que se murió mi abuela, contesta el quinto chanceándose.  
— ¡Y tú te alegras!  
— Chica, no te lo sé decir; por un lado sí, por otro no. Si no fuera por dejar de ver esos ojos con tanta sal y tanto *aquel*...  
— Sí, bastante te acordarás de mí en volviendo la espalda.  
— ¿Qué no? ¿Apuestas á que aprendo á escribir solo por decirte desde lejos que te *rrrequiero*?  
— No seas gitano, Colás.  
— La verdad, me haces mucho tilin.... Mira, esta noche salto la tapia de tu corral.  
— ¿Para qué?  
— ¡Toma! para despedirnos.  
— ¿Pues qué, te vas tan pronto?  
— Para cuando me vaya.  
— No quiero.  
— Ya querrás.  
— ¿Qué no he dicho!  
— Me marcharé sin decirte una palabra.  
— Anda con Dios.  
— ¡Ay, morenilla de mi vida, si yo fuera burro y tú cebada, que buen atracon me habia de dar!  
— Marchate, que viene mi madre y no quiere que hable contigo.  
— Lo mismo me da por arriba que por abajo; si rabia que rabie. Para lo que he de estar en este convento...  
— ¿Y dices eso tú que la tenias tanto miedo?  
— ¡Qué quieres! Los *soldados* no tememos á nadie.  
— ¡Miren el sargento de Utrera, que rebentó de feo! Apenas asamos y ya pringamos.

El quinto rasga la vihuela y canta:

Dame una gota de sangre  
De tu corazón, morena;  
Ya sabes que he caído quinto  
Y no tengo escarapela.

— ¡Tómala, contesta la muchacha sorprendida de la agudeza del quinto.  
— ¡Canasto y qué hermosa es! Voy á dejar vizeos á todos.

Y el quinto adorna su sombrero con una gigantesca escarapela de cintas de varios colores y rosas de mano, y despues de *echar un requiebro* como suyo á la moza que le enamora, va á reunirse con sus compañeros de infortunio, los cuales engalanados tambien con vistosas escarapelas y arañando las guitarras, recorren el lugar poniendo á contribucion el bolsillo de sus convecinos, pues lo primero que pierde el quinto es la vergüenza. Con el producto de la cuestacion se dispone una gran merienda para aquella tarde.

El quinto habla en andaluz al segundo día, escupe por el colmillo, coge el cigarro como los matones, y se atreve á lo que nunca se ha atrevido. Descuida el trabajo, bebe, echa tacos y engaña á las mozas.

Pasa un mes, dos, á veces un año y no se llama á los quintos á *entrar en caja*; pero por último, lo dispone así el gobierno y entonces es ella. Vuelta á los llantos, vuelta á los temores y vuelta tambien á los cantares, pues no bien sabe el quinto que va á partir emprende una segunda cuestacion al compás de esta copla:

¡Adios, padre, y adios, madre!  
¡Adios hacienda y dinero!  
Me voy á pagar al rey  
Siete años que le debo.

O de esta otra:

Ya se van los quintos madre,  
Caminito de Alcalá...  
Ya se van los quintos, madre...  
¡Sabe Dios si volverán!

El quinto es conducido á la capital de la provincia, donde está la *caja*. Sus padres le acompañan llorando hasta que *queda entregado*; luego se despiden de él con la esperanza de verle pronto ascendido á cabo segundo.

El primer día no prueba el rancho ni el pan de munición; le repugnan. Tiene algunas pesetas y compra pan blanco y fruta. Las pesetas se acaban con la semana, y entonces la necesidad le obliga a meter la cuchara en la olla y el rancho le parece exquisito.

Algunos capitanes de diferentes armas se presentan en el depósito de quintos: estos se forman de dos en fondo, y aquellos oficiales van eligiendo los de mas estatura para los cuerpos de artillería y caballería; los demás, la morralla, el desecho, la parte flaca, queda para la infantería.

El quinto deja de ser quinto, ya es recluta. Está, pues, fuera de nuestra jurisdicción y le abandonamos a los tormentos del corbata de suela que siega su cuello, y de la falda del capote que no le deja dar un paso enredándosele entre las piernas.

CÁRLOS DE PRAVIA.

## Revista de Paris.

El gobierno francés ha destinado la suma de cuarenta mil pesos fuertes para que la ceremonia del 15 de noviembre se verifique de un modo espléndido. Ya hemos anunciado que ese día se cerrará la Exposición Universal, y se hará la distribución de las recompensas. Los preparativos principiaron el día 1º: en frente de cada nación se erige un trofeo con los productos que han merecido la medalla de honor, y a la entrada del palacio se verá un grupo gigantesco formado con los productos mas notables de las exposiciones de todos los países. Los comisarios extranjeros se hallarán en sus puestos respectivos, y cada comisión habrá de suministrar una rica bandera con los colores nacionales, y el abanderado deberá vestir el traje característico del pueblo que representa.

La música debe contribuir en mucha parte al mayor brillo de esta solemnidad: se está preparando un concierto en el que tomarán parte mil doscientos instrumentistas y coristas, entre los cuales figurarán diputaciones de las sociedades filarmónicas y corales de Londres, Colonia, Viena, Berlín, Bruselas, Lila, etc., bajo la dirección de M. Hector Berlioz.

El programa es el siguiente: una sinfonía de Beethoven; — la plegaria del *Moises*, de Rossini; — la obertura del *Freychutz*, de Weber; — un coro de *Armida*, de Gluck; — un coro de *Judas Macabeo*, de Händel; — la bendición de los puñales de los *Hugonotes*, de Meyerbeer; — una cantata inédita compuesta especialmente para esta solemnidad, y por último, varios fragmentos del *Te Deum* de Hector Berlioz.

El 16 se repetirá este concierto para el público, y así cada cual podrá juzgar del efecto de aquella decoración y admirar los trofeos compuestos de los productos industriales y de los objetos que hayan merecido medallas honoríficas, al paso que oye las masas vocales ó instrumentales dirigidas por el maestro Berlioz.

Se ha hablado mucho estos días de un proyecto concebido por varios expositores que merece señalarse por lo atrevido y original: consistía, pues, en poner en rifa todos cuantos objetos figuran en la Exposición Universal; cada número de esta inmensa lotería habría ganado un producto cualquiera, pero se ha retrocedido ante la dificultad que a primera vista presenta la colocación de los millones de billetes que habría sido necesario emitir para cubrir los intereses de los expositores.

Vamos a dar conocimiento a nuestros lectores de una deplorable aventura. El viernes último se celebraron las exequias de un artista del teatro del Gimnasio, M. Villars, cuya pérdida y las circunstancias singulares que la han acompañado han producido mucha sensación en el mundo dramático parisiense. Este nombre de Villars era supuesto; en Francia se acostumbra bastante entre los cómicos estas sustituciones de nombres y apellidos. Oriundo de la provincia del Jura había sido educado en el monasterio de Bellefontaine, situado en el bosque de Divonne, y los sentimientos religiosos se habían arraigado de tal manera en su corazón desde su infancia, que jamás dejó de cumplir rigurosamente con todos sus deberes de buen cristiano. Hace algun tiempo parece se enamoró con ardor de una joven, pero contuvo su pasión de tal manera que la mujer que la había inspirado la ignoró siempre.

Desde entonces Villars se puso melancólico en extremo. Faltaba con frecuencia a los ensayos y se olvidaba hasta de sus amigos; él que fué siempre citado como modelo de constancia. Hace quince días durante la representación de la comedia de M. A. Dumas, titulada *el Demi-Monde*, donde desempeñaba con gran éxito uno de los papeles principales, el traspuente encargado de advertirle su entrada en escena le encontró tendido sobre un sofá inmóvil y como alestargado.

Su compañero Dupuis, que le manifestaba un profundo cariño, trató de darle ánimo, y Villars le respondió con palabras incoherentes; sin embargo, se mostró muy afectuoso; desempeñó su papel aquella noche con su talento de costumbre, se despidió, cuando hubo concluido, de todas las personas del teatro que encontró a su paso, y como un compañero le hubiese convidado a tomar café, aceptó diciendo:

— Por última vez lo tomaremos.

A la otra mañana no pareció al ensayo; enviaron un recado a su casa, pero el portero dijo que no había entrado en la noche anterior. Entonces advirtieron al comisario de policía; este magistrado mandó descerrajar la puerta, entró y reconoció que el artista había quemado un crecido

número de cartas y de papeles, entre cuyas cenizas se vieron los restos de un retrato de mujer hecho pedazos.

El artista Dupuis queriendo seguir las huellas de su paradero logró saber que Villars había estado un instante en el café del Teatro Francés, y que había dado un franco al mozo; este sorprendido le preguntó si no se equivocaba, pero el artista le respondió:

— No, amigo mio, si tuviera 20 francos te los daría.

Aquí se acababan todas las noticias, y ya se sospechaba el fúnebre desenlace de esta triste historia, cuando el director del teatro del Gimnasio recibió una carta fechada en el monasterio de Bellefontaine, cuyo contenido era el siguiente:

« Señor Director:

» Tengo orden y misión de parte de nuestro nuevo hermano en Jesucristo Nuestro Señor, de anunciaros que nuestro caro hermano Villars que formó parte de vuestra compañía teatral, ha renunciado a las máximas del mundo y a sus leyes, y se ha entregado a una vida de retiro y mortificación.

» Con tal motivo, me ha suplicado pues, que dé las gracias a todos sus amigos por sus señales de afecto y de amistad. No olvidará en sus ruegos a ninguno. Se propone escribir a sus parientes en cuanto haya pronunciado sus votos en religión.

» Recibid, etc. »

La firma era del superior abad del monasterio del bosque de Divonne.

Esta carta vino a suspender por un instante las sospechas demasiado ciertas por desgracia del fin del infortunado Villars, pero en breve se descubrió que esta noticia había sido una burla bien triste y bien cruel, pues el 26 por la mañana dos marineros sacaron del Sena un cadáver que fué reconocido por el del actor. Como en su cuerpo no se vió ninguna señal de violencia, su muerte se atribuye al suicidio. Villars, artista de mérito y querido del público, se lleva consigo el sentimiento de todos cuantos le trataron. A su entierro concurren diputaciones de todos los teatros de Paris, incluso el Teatro Francés, donde Villars había anhelado entrar con insistencia, aunque le hubieran señalado el puesto mas humilde; este fué el deseo mas constante de toda su vida.

Pero pasemos a otra historia que no tiene de fúnebre mas que un ligero accesorio.

No hay nada mas ameno que las primeras reuniones en Paris de los que han pasado fuera los meses de verano. Cada cual trae un repuesto de aventuras, de lances y de cuentos de vecindad, todos selectos, todos divertidos. Esto, á decir verdad, se explica fácilmente: la vida campestre se pasa en su mayor parte al aire libre, y los pabellones chinosos son unos observatorios excelentes donde hay telescopios para penetrar los misterios ocultos en la sombra lejana, y para seguir el movimiento de los planetas de carne y hueso que pisan la yerba con pié furtivo.

En esas primeras reuniones se descubren, pues, muchos secretos de la vida íntima, y todo de la manera mas natural, preguntándose como los señores de X... salieron tan tarde de Paris, y como los señores de R... se quedaron aun en el campo cuando se han sentido ya los primeros frios. Así, verbigracia, hemos sabido la historia de un viejo tutor, que celoso hasta de su sombra, encierra a su joven pupila ocho meses del año en una casa de campo muy lejos de Paris, donde no recibe a nadie que pueda servirle de obstáculo para la realización de sus proyectos de matrimonio con la huérfana, que desde la niñez estuvo encomendada a sus cuidados.

Este doctor Bartolo tiene dos defectos, es a la vez celoso y supersticioso, doble flaqueza de un carácter egoísta y timorato. Los celos tienen de malo que casi siempre nacen de una quimera y luego producen una realidad. La sospecha es un defecto social que se castiga, sobre todo cuando se lleva la indiscreción hasta el punto de interceptar toda correspondencia y abrir las cartas dirigidas a una mujer, sea hija, pupila ó esposa, que nunca dió motivo suficiente para justificar semejante conducta. Esta injuria se suele castigar por donde pecó, esto es, dándole razón secretamente.

No es fácil que dos defectos dejen de perjudicarse en su juego recíproco y las personas bien astutas se valen con buen éxito del uno para burlar y engañar al otro. El tutor temía mucho dos cosas, la primera que le arrebatasen su pupila a quien había consagrado el amor pertinaz de un viejo, y la segunda era la muerte, terrores muy disculpables a sus años, pero que el último, sobre todo, causaba a nuestro hombre una sensación atroz, y le hacía confesar su debilidad por medio de manías pueriles.

Así se le veía huir con el mayor cuidado de todo cuanto podía provocar en su espíritu una idea fúnebre. El criado que había recibido la orden de que le entregara todas cuantas cartas llegasen a su casa indistintamente (criado que acababa de entrar a su servicio) le dió una noche una esquila cuyo sobre orlado de negro revelaba un convite de entierro.

El anciano se puso blanco como un papel y dirigió al inocente criado una reprimenda viva. Una carta de ese jaez recibida por la noche es un mal presagio, anuncia alguna desgracia, y cuando menos inspira sueños lúgubres. Por nada en el mundo la habría tocado el tutor con la punta de sus dedos.

Algunos días despues, una tarde que el celoso y la víctima volvían de paseo, se encontraron con otra carta por el estilo encima de la mesa de la antesala. La joven la escondió con presteza para que no la distinguiera su tutor, pero este que con sus ojos suspicaces había visto bien el movimiento, dió gracias a la niña con una sonrisa afectuosa, y pagó con un ademán de aprobación aquella atención delicada. La huérfana se encierra en su cuarto con el papel robado a los temores de su guarda celoso, rompe el sobre con el mayor valor, y lee lo siguiente:

« Amada mía: todo está dispuesto; nuestro enlace se verificará una hora despues que hayas salido de tu casa, en la iglesia de la aldea próxima; dime el día, no tardes, seremos dichosos, bien mio, etc., etc. »

« Buena carta necrológica, y buena idea la de escribir un billete amoroso en medio de un ribete fúnebre! Pero el amor perseguido y contrariado no respeta nada. Sin embargo, los intentos del galán no debieron realizarse con la prontitud que anhelaba, pues añade la crónica que la correspondencia continuó todo el estío disfrazada con la librea del luto y protegida por los terrores fúnebres del anciano. La pupila ha tenido tiempo para arreglar a su gusto la boda y esto a los ojos del tutor que solo una vez, sorprendido con la repetición de aquellas cartas, dijo con aire sombrío y frunciendo las cejas:

— Se me figura que este año muere mucha gente.

Así vive el celoso que se cree seguro en su casa de campo bajo el pretexto de que la puerta se halla cerrada a las visitas, y que la pared del cercado tiene tres metros de altura y carece de puertecilla falsa.

Y esta y otras anécdotas por el estilo hacen el gasto en las reuniones parisienses mientras llegan las noches de los conciertos y los bailes.

Vamos a concluir con la noticia de un descubrimiento premiado ó fomentado por el Emperador, noticia cuya responsabilidad abandonamos por entero al periódico inglés que la publica en una correspondencia de Paris. Antes diríamos que la Francia se halla amenazada este invierno de un poco de hambre; la cosecha de trigo ha sido insuficiente, la de uva casi nula como el año último, y todas las subsistencias alcanzarían una elevación de precio exorbitante si el gobierno no tratase de atenuar el mal por cuantos medios están en su mano. Hé aquí el caso:

El año último por esta época un tal Souberts, ex-cocinero mayor de una de las principales fondas del Palacio Real, descubrió un medio de conservar la carne, de modo que al cabo de muchos años se mantiene aun en toda su frescura. Parece que fué el primero que hizo tal invención. Desde esa época tres ó cuatro personas mas han hecho descubrimientos que tienen alguna analogía con el suyo y los han explotado en grande escala.

Este hombre dejó el puesto que ocupaba y se dirigió a varios capitalistas para que le ayudaran a organizar una compañía; pero las condiciones de los hombres de dinero eran todas duras y ofrecían tan pocas ventajas al inventor que este lo abandonó todo, habiendo solo obtenido por medio de una protección particular el suministro de algunos artículos conservados para la flota del Báltico. Sin embargo, queriendo probar la suerte, escribió al Emperador contando lo que había sucedido, pero no recibiendo respuesta ninguna, salió de Paris al cabo de cuatro ó cinco meses y se fué a una aldea del Berry donde había nacido, desesperando de poder sacar partido de su descubrimiento.

En abril último, un día recibe un despacho telegráfico llamándole lo mas pronto posible a Tullerías; acude pues, y a la otra mañana se encuentra en el despacho de Napoleón.

— Me he informado de todo, le dice el Emperador; las carnes que Vd. ha enviado al Báltico se hallaban perfectamente conservadas, pero eso no es mas que una experiencia parcial; lo importante sería hacer bajar el precio de la carne en el país. Debería ir Vd. a la América del Sur, y enviar de allí a Francia buques cargados de carne, de animales enteros conservados, y entonces veríamos lo que vale ese medio de conservación que Vd. ha descubierto.

— De buena gana, respondió el hombre, pero no tengo recursos para tal empresa.

El Emperador sacó algunos billetes de un cajón y le dijo:

— Ahí tiene Vd. 50,000 francos, vaya Vd., y si la experiencia tiene buen éxito, lo demás corre por mi cuenta.

El ex-cocinero salió para América; ahora está en Buenos Aires, y una persona conocida ha leído una carta suya fechada en ese país, donde manifiesta grandes esperanzas en el buen logro de su propósito.

MARIANO URRABIETA.

## El tribunal de Cuentas.

Los tribunales de Cuentas cuyo origen data de tiempos muy remotos, y cuyas contiendas con los parlamentos y la corona quedaron señalados a veces en la historia, fueron suprimidos en 1791. Antes de esta época las combinaciones financieras eran tan viejas por causa de la diversidad de los tributos y de la desigualdad de los repartos, tan incompletas por los privilegios de ciertas clases de la sociedad y por la ignorancia de los verdaderos principios de la economía política, que hoy es inútil investigar lo que eran las doce salas de cuentas. Impotentes para descubrir y reprimir los abusos de la administración, dejaban a los contribuyentes a merced de las exigencias de los arrendatarios y los acreedores del tesoro a las arbitrariedades de los financieros. Casi todos los servicios se hallaban entonces arrendados a compañías cuyas operaciones eran impenetrables para el gobierno. La situación del tesoro era pues un misterio que en vano se trató de descubrir presentando en 1786 un avalúo de los recursos del Estado, y cuya oscuridad no se dispuso a pesar de todas las discusiones que se promovieron. Es cierto tambien que cuando se establecieron las salas de cuentas solo fueron llamadas a juzgar a los dependientes del real patrimonio, y que si llegó a extenderse despues su intervención sobre las rentas públicas, para eso no po-

seian los elementos de las cuentas generales de hacienda.

En el año de 1789 se operó una reforma general en el gobierno. Cuando cayó el antiguo sistema de hacienda, la administración se hizo mas sencilla por la supresion de muchos brazos inútiles, y por el cambio del régimen de arrendamientos, que solo se hizo despues en favor de compañías interesadas. La unidad era el principio que dominaba en la nueva constitucion: la igualdad de los derechos y la division de la Francia en departamentos, hicieron esperar el restablecimiento del órden en la hacienda.

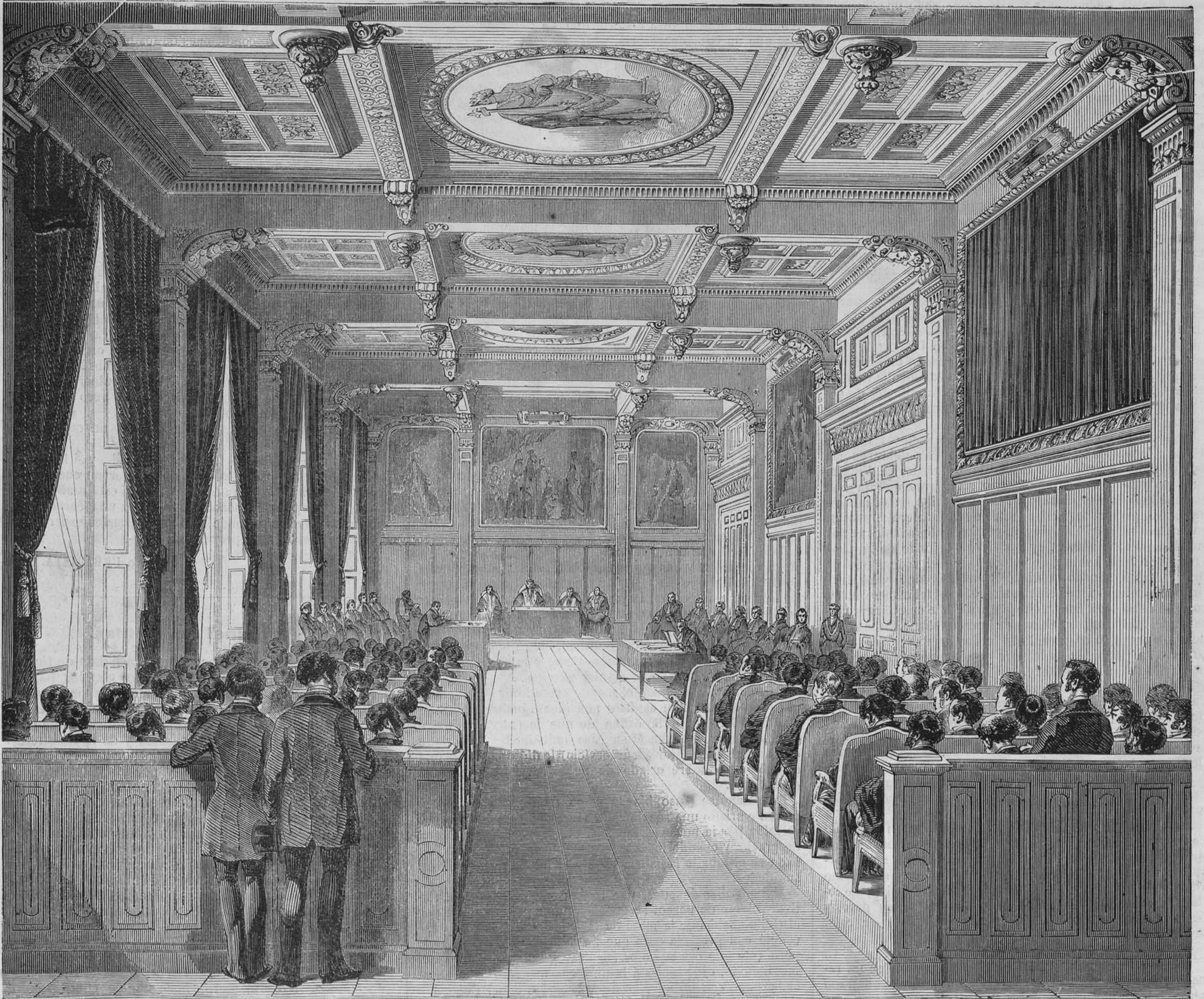
Cuando se sometieron las primeras cuentas ministeriales al exámen de la legislatura, se sintió la necesidad de consignar la autenticidad por la creacion de un cuerpo encargado de revisarlas. La ley del 7 de setiembre de 1791 al suprimir las doce salas de cuentas, creó la contabilidad nacional; pero este cuerpo no pudo aplicar el principio cuyo resorte debía ser: domina-



Tribunal de Cuentas. — La escalera principal.

do por una asamblea política que se apoderaba del poder y no se ocupaba en intervenir en las operaciones ministeriales, se halló sin fuerza para corregir los abusos y dilapidaciones, y para presentar el cuadro de ingresos y gastos á la legislatura encargada de pronunciar el fallo definitivo. La contabilidad nacional recibió al exámen cuentas atrasadas, incompletas, bajo las formas mas irregulares. La Convencion, ejerciendo la soberania del pueblo, se apoderó despues de las atribuciones del poder real, incorporó en su seno la contabilidad nacional y la repartió entre sus diferentes comités. De este modo una asamblea pública quiso mover por sí todo el resorte de un gobierno, pero su inexperiencia no pudo imprimirle un movimiento pronto y regular.

Napoleon no halló en las oficinas de la contabilidad nacional esa importancia y grandeza que queria ver en todos los cuerpos del Estado, y creó en 1807 el tribunal de Cuentas. Todos los recau-



RENARD, ET. VALENTIN.

Tribunal de Cuentas. — El salon de audiencia.

dadores públicos quedaron bajo su jurisdicción, y se notó principalmente el deber impuesto al tribunal de enviar al jefe del Estado sus observaciones generales y sus proyectos de mejoras en todos los ramos del servicio público. Esta magistratura soberana por la extensión de su jurisdicción, fué establecida bajo las formas mas imponentes, y con los mismos honores y prerogativas que el tribunal supremo de la nación.

El tesorero del imperio dijo hablando al tribunal el 5 de noviembre de 1807, día de su instalación: « La institución á que perteneceis es uno de los principales apoyos del imperio; es la muralla de bronce que debe garantizar la fortuna pública de las infidelidades de los recaudadores y contadores, de las dilapidaciones del administrador y de sus agentes; si esta institución vacila, todo vacila, si sucumbe todo perece... »

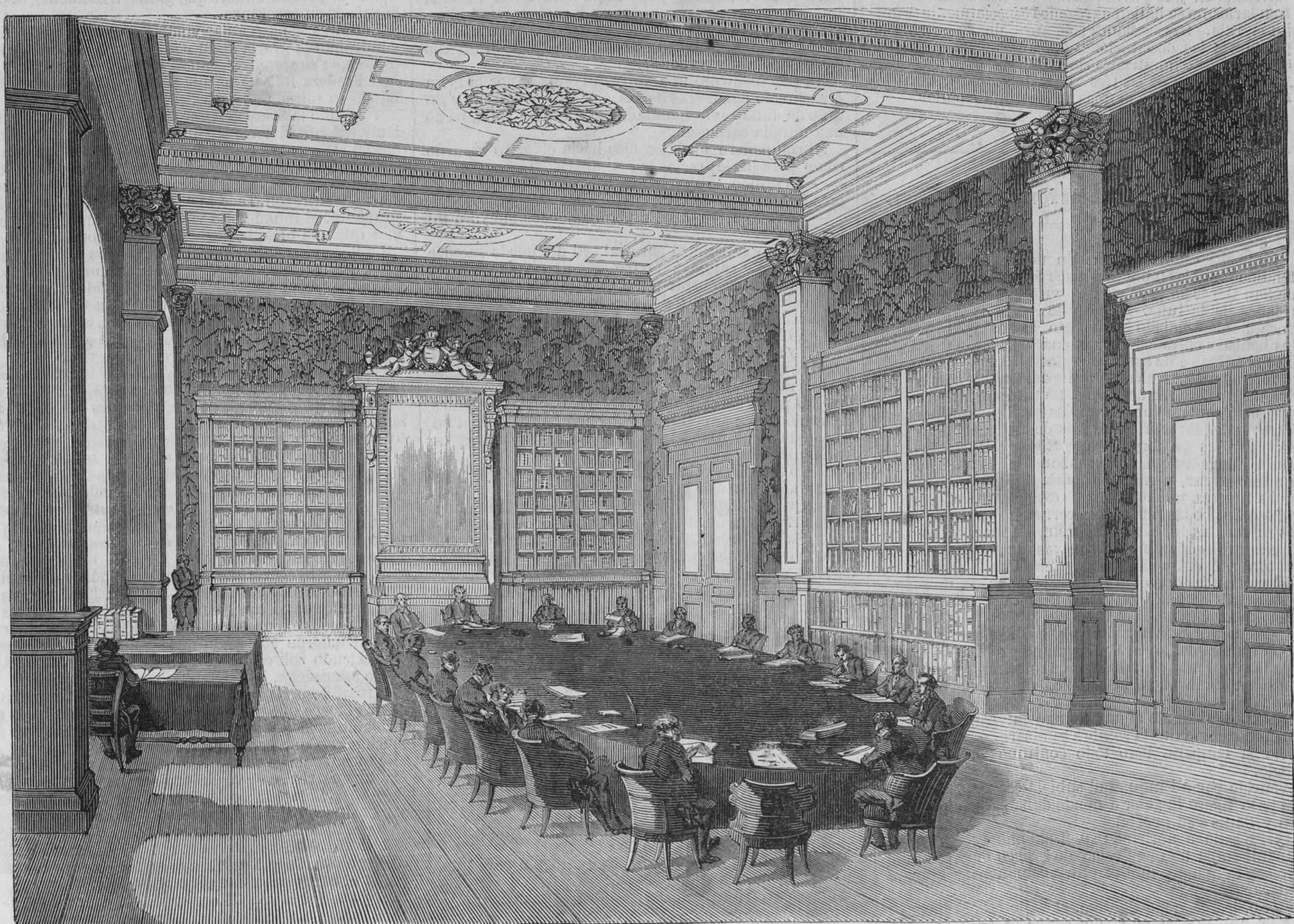
Pero no bastaba sin embargo, organizar un sistema de gobierno que debía preparar las vías del orden en la hacienda del Estado; era preciso tambien que el tribunal entendiera en todos los hechos relativos á los ingresos y á los gastos, é introducir principios uniformes de contabilidad. Una serie de guerras poco interrumpida, unida á la novedad de un régimen financiero que no podia perfeccionarse sino con el tiempo, neutralizaron la vigilancia del tribunal de Cuentas. Los presupuestos del imperio solo ofrecian cuadros incompletos, no revelaban las exigencias del gobierno, y no oponian ninguna valla á las disposiciones de los agentes subalternos.



Tribunal de Cuentas. — La sala de las comisiones.

La intervención judicial ejercida por el tribunal de Cuentas no obtuvo pues los resultados que se esperaban de su creación. Desprovista de documentos, aislada del gobierno, esta institución nada útil pudo llevar á cabo hasta el establecimiento del sistema constitucional, que principió á funcionar durante la Restauración. Los esfuerzos de los hombres que de 1816 á 1822 gobernaron la hacienda, y la acción de las cámaras representativas, produjeron mejoras notables; la legislatura tratando de apoyarse en los trabajos del tribunal de Cuentas, obtuvo por una ley de 1819, que en lo sucesivo la cuenta anual de hacienda sería acompañada del estado de los trabajos de ese cuerpo judicial, y esta disposición fué seguida en breve de los decretos de 18 de noviembre de 1817, de 8 de junio de 1821, 27 y 29 de diciembre de 1823. Entonces el tribunal pudo juzgar á cada uno por sus actos personales, se arregló todo lo atrasado y los contadores obtuvieron la aprobación por el exámen inmediato de los hechos que comprometían su responsabilidad.

Por fin, el sistema de la contabilidad de gastos públicos, ordenado por decreto del 14 de setiembre de 1822, abrió una ley á la intervención del tribunal. Este reglamento que durante su largo periodo guió á los administradores en todos los grados de su trabajo, indica las formas en que deben extenderse las libranzas que deben estar de un modo uniforme para obtener el pago del Tesoro. Por esta acertada combinación el tribunal de Cuentas ejerce su intervención sobre los actos de los contadores y exa-



Tribunal de Cuentas. — La Biblioteca y la sala del consejo.

mina las operaciones de los subalternos sin llamar á los agentes administrativos ante un tribunal que se mantiene de ese modo en la esfera de la legalidad.

Por un decreto de 9 de julio de 1826 se completó el sistema de la contabilidad encargando al tribunal el reconocer y certificar por declaraciones solemnes y públicas, la conformidad de sus verificaciones con las cuentas proyectadas por los ministros en las Cámaras. De este modo desde 1827 el tribunal de Cuentas reanudando la serie de hechos relativos á cada servicio, examinándolos en sus detalles, considerándolos en su conjunto y comparando despues los resultados con los publicados por los ministerios, pudo proceder á la ejecución de sus intervenciones generales tanto tiempo esperadas por las asambleas y el gobierno. Rodeado de los títulos y documentos que pueden esclarecerle sobre la ejecución de las leyes de hacienda, entró en un camino desconocido hasta entónces, apoyándose con la reserva ordinaria de la magistratura sobre las leyes de su institución.

En posesion de todos los hechos concernientes á los ingresos y empleo de los caudales públicos, el tribunal reconoce la exactitud en las cuentas individuales de todos los empleados del gobierno; discute la regularidad en documentos justificativos que prueban alternativamente los derechos del Estado y los de las demás partes interesadas; sigue la marcha de los caudales públicos desde que salen de la mano del contribuyente hasta que entran en la de un verdadero acreedor del Estado; mantiene la entera ejecución de las leyes y reglamentos exigiendo de los contadores el exacto cumplimiento de esas formalidades excelentes que no cubren la responsabilidad hasta que se halla demostrada la legalidad de todos los actos administrativos, en fin, se ha vuelto el auxiliar indispensable de la vigilancia de las asambleas y del gobierno, en cuanto cayó bajo su exámen el conjunto de los servicios, en cuanto quedó encargado de señalar la situacion financiera del Estado, de atestiguar públicamente todos los resultados de las cuentas de los ministros, administrar las pruebas de cada una de las operaciones consumadas y de esclarecer con sus observaciones el exámen y fallo del poder y de la legislatura.

Despues de haber dado á conocer la institución, sus resortes y atribuciones, concluirémos con cuatro palabras sobre la organizacion del tribunal de Cuentas que tiene una grande analogía con la de los otros cuerpos judiciales. El personal se compone de un primer presidente, un procurador general, tres presidentes, diez y ocho consejeros superiores y ochenta consejeros referendarios, todos de nombramiento vitalicio, de un escribano en jefe y tres escribanos. Los escribanos referendarios no se hallan agregados especialmente á ninguna sala. Las sesiones solemnes donde el tribunal pronuncia las declaraciones generales y da cuenta de sus trabajos trimestriales son públicas, pero los trabajos particulares de las tres salas son secretos. El tribunal examina cada año mas de siete mil cuentas.

## LOS AMORES DE UN RUISEÑOR Y DE UNA ROSA.

La noche estaba oscura. Un negro manto de nubes tendido sobre las montañas que rodean el estrecho valle de San Gervasio le robaba la vista del cielo y las claridades de la luna. El reloj de los baños, al dar las once, había señalado hacia rato la hora del retiro, y los bañistas entrados en sus cuartos iban á descansar de sus fatigas ó de sus diversiones.

Yo solo me paseaba por el patio pensando en los dolores misteriosos de Ulrico. De tiempo en tiempo me detenía á contemplar las rápidas sombras que pasaban á través de las cortinas blancas de los balcones, ó para escuchar las palabras entrecortadas con risas, ó los cantos ahogados que se escapaban por entre las puertas á medio cerrar, y me sorprendía de que hubiera personas alegres, mientras Ulrico estaba inmóvil y triste.

Poco á poco las puertas se cerraron, se concluyeron los ruidos, las luces se apagaron. Entónces ya solo oía el murmullo de la brisa entre los abetos y el gemido del torrente entre las rocas, y en el valle desierto no distinguía mas que el pálido resplandor de una lámpara detrás de una persiana y un alto perfil negro delante de la lámpara.

¿Qué significaba aquella velada silenciosa? ¿Porqué no dormía aquel jóven? ¿Porqué no exponía su frente á la fresca embalsamada de la noche? ¿Porqué no abría su alma al rocío benéfico de las horas tenebrosas?

Continué durante algun tiempo mi paseo solitario prometiéndome que la sombra se alzaria ó que se apagaria la lámpara. Pero todo continuó en el mismo estado.

Vencido por mi inquietud subí la escalera, atravesé con paso ligero la galería donde daba el cuarto de Ulrico y llamé á su puerta.

Ulrico salió á abrirme: su fisonomía estaba pálida y manifestaba una expresion de sosiego doloroso; me estrechó la mano y me hizo un ademán para que me sentara.

— No, le dije, todo duerme, el valle está silencioso, el cielo nublado, el ambiente suave se halla cargado de perfumes, venid, y daremos un paseo.

— Bien quisiera, pero me es imposible, estoy de guardia esta noche.

Y como yo le mirase atónito, añadió sonriendo amargamente:

— María está enferma.

— ¡Enferma!

— Os extraña porque la habeis visto hace pocos dias despierta y alegre como las demás, pero así somos nosotros, muy altaneros, cuando padecemos no lo decimos á nadie; á otro que no fuerais vos le responderia que no quiero salir porque estoy trabajando.

Un instante nos contemplamos ambos en silencio.

— ¡Pobre Ulrico! exclamé yo de pronto.

— ¡Pobre María! respondió Ulrico.

Y tomándome de la mano me llevó á otro cuarto contiguo al suyo, y luego sin decir una palabra me dejó consagrar toda mi atención al espectáculo que tenía delante.

María estaba durmiendo vestida sobre su cama. Al ver á la luz vacilante de una vela aquel cuerpo delicado perdido en los pliegues de una ancha muselina, aquel rostro jóven ya descajado por el mal, y sin embargo, tan sereno todavía, aquellas dos manos tan blancas perdidas en las negras madejas de una cabellera destrenzada, se habría dicho una virgen mártir descansando sobre su tumba de mármol.

Yo tambien bajé la cabeza y cuando á un suspiro de Ulrico la alcé para mirarle, dos gruesas lágrimas rodaban por mis mejillas.

Ulrico me miró fijamente, me cogió de repente el brazo y me sacó fuera del aposento.

— Salgamos, me dijo.

— ¿Adónde?

— Vamos á la cascada.

Pasamos el puentecillo de madera arrojado en el fondo del valle sobre el torrente, y principiamos á subir el senderillo escarpado que serpentea por el flanco de la montaña. La cascada encajonada entre enormes peñascos, cubierta por arriba y á sus lados de malezas impenetrables, precipita con estrépito su onda que salta y aulla como una leona herida, revolviendo en su cólera las arenas y las piedras de su gruta salvaje.

En medio de la oscuridad profunda que reinaba á la hora solemne de las doce, y en el silencio universal de la naturaleza, aquella masa sombría cayendo sin cesar de una fuente invisible en un golfo sin fondo, parecia en su horror simbólico, una desesperacion inmensa alimentándose y devorándose solitaria, así como aquel ruido continuo parecia la eterna queja de un dolor eterno.

— ¡Oh! desolacion, exclamó Ulrico, la noche está triste como mi alma, y mi alma está triste hasta la muerte. ¿Porqué gime conmigo la naturaleza? ¿Porqué la montaña viene á mezclar su queja con mis sollozos? ¿Con qué el luto no solo ha de estar en mí sino en todo cuanto me rodea?

En este momento una nube ahuyentada por la brisa desapareció por detrás de las cúspides de Varen y un rayo de luna cayó blandamente sobre el valle, como una mirada cariñosa.

Mi compañero alzó los ojos hácia el astro risueño como para darle gracias por su aparicion.

— Te saludo, dijo, á tí que has disipado esas lúgubres tinieblas. Te saludo, rayo de luz.

— Te saludo, rayo de esperanza, exclamé yo á mi vez.

— No hay esperanza para mí. El día puede suceder á la noche, la calma á la tempestad, pero la alegría no podria ya encontrar puesto en mi corazón; la desesperacion le llena todo, y solo saldrá de él con mi vida.

— No blasfemeis, Ulrico, Dios es grande y bueno.

— Yo no le acuso, amigo mio; sé que ha hecho al hombre para que padeciera, y sólo á la sociedad culpo de mis dolores.

— Las penas del corazón son semejantes á los torrentes de la montaña; se calman repartiéndose: depositad en mis manos fraternales la mitad de vuestra carga y os veréis aliviado.

Ulrico meneó la cabeza sin responderme y yo proseguí diciendo:

— ¿Qué os aflige? ¿Un ultraje, una injusticia, una traicion? ¿Han insultado la memoria de vuestra madre? ¿Se han reido de vuestra amistad ó de vuestro amor? ¿Os han desterrado como al Dante, os han maldecido como á Byron?

— ¡Si no fuera mas que eso! respondió con un acento altanero y salvaje.

En fin, le iba yo á hablar de su mujer, pero de repente dió un salto diciendo:

— He oido un grito.

— Será un ave nocturna...

— Un grito de agonía, ¡es ella!...

Y nos fuimos corriendo.

María seguía durmiendo tan serena como ántes, aunque mas pálida y mas desfallecida.

— No sé lo que sucederá, me dijo Ulrico, pero temo una desgracia. Como es preciso que alguien en el mundo sepa lo que hemos padecido, y porqué habrémos sucumbido, tomad estos papeles.

Y me puso en las manos un manuscrito que había sacado de su escritorio y añadió:

— Leed atentamente lo que está escrito ahí para que os acordeis cuando llegue el día.

Yo me encerré en mi cuarto, abrí el manuscrito y lei lo que sigue:

## HISTORIA DE LOS AMORES DE UN RUISEÑOR Y DE UNA ROSA.

En un delicioso jardín del país de Occidente un capullo de rosa, el honor de su tallo, veía crecer diariamente su felicidad con su hermosura. Todos los dias el sol para darse á querer, le calentaba con sus mas dulces rayos; todas las noches el rocío le bañaba con sus mas puras lágrimas, y á todas las horas la brisa le acariciaba con su ambiente mas suave.

Pero la rosa no amaba al sol, ni el rocío, ni la brisa; descuidada y alegre, disfrutaba del día presente sin acordarse de ayer, sin pensar en mañana dejando dormir el amor en el fondo de su alma y los perfumes en el fondo de su cáliz.

Sin embargo, de las regiones mas cálidas del Oriente en donde había nacido, había volado un ruiseñor impelido por una vaga inquietud y una curiosidad inmensa. El bonito pájaro, en busca de playas desconocidas y por un porvenir inseguro, había dejado el bosquecillo de jazmines que le había cubierto con sus hojas y embalsamado con sus flores, el nido misterioso en donde había dormido bajo las alas de su madre, y el amor de su familia, y los juegos de sus compañeros, y el árbol donde había probado sus alas y el eco que había repetido sus primeros cantos.

Y ahora corria el mundo, mirando, escuchando y cantando sin prendarse de nada, sin detenerse en ninguna parte.

Al caer la tarde de un hermoso día llegó cansado del camino y desalentado por la soledad al jardín donde vivía la rosa, y se fué á parar tristemente sobre la rama de un sicomoro que le recordaba su patria. En el instante en que entregado á una melancólica simpatía iba á comunicar á su hermano de destierro su enojo en la tierra extranjera, la brisa caprichosa vino á mecerse en torno suyo llevándole en sus ráfagas los perfumes que había arrebatado á la reina del vergel.

El ruiseñor volvió la cabeza y vió de súbito la rosa que se columpiaba blandamente en su tallo, como para saludar al sol en el ocaso que la doraba con sus últimos fulgores.

Y el ruiseñor se enamoró de la rosa.

Al pronto se quedó fascinado; sus ojos se cerraron, su voz se apagó, su corazón latió mas fuerte y su vida cortada un instante revolotó en un vértigo; pero despues cuando volvió en sí, cuando abrió otra vez los ojos y se cercioró de que aquella flor en medio de aquel jardín no era una aparicion celeste en un sueño divino, tomó de repente su vuelo hácia ella abandonando al pobre sicomoro que gimió tristemente al ver engañada su esperanza.

Entónces se puso á dar vueltas en torno de la flor, admirando la gracia de su porte, el brillo velado de sus colores, la suprema elegancia de sus formas aéreas, y la delicadeza infinita de sus pétalos transparentes, bañando su mirada en su belleza.

Y cuando la brisa volvió á despertar y á sacudir delante del ruiseñor los perfumes perezosamente dormidos en el seno de la hermosa idolatrada, el amante se entregó á una embriaguez profunda en la cual quedaron sumergidos á la vez sus recuerdos, sus dolores, sus deseos y su razon. Todo lo olvidó entónces: su patria, su madre, el mundo, no vió mas que un sér, la rosa, mas que una idea, la de inspirar su amor á la rosa.

La flor apenas notó que estaba junto á ella un pajarrillo, de cuerpo endeble, pobre de plumas y privado de voz, pues el ruiseñor no había faltado á su orgullosa costumbre de callar de día en medio del ruido confuso de los cantores vulgares; y así, al caer el crepúsculo, cerró poco á poco su cáliz y se durmió indiferente como las otras tardes.

Pero cuando la noche extendió sobre las cosas visibles su impenetrable manto de tinieblas, y cuando el sueño hubo ahogado en su seno todos los ruidos de la naturaleza, el ruiseñor, rey del silencio y de la sombra, sintió que era ya hora y comenzó su canto.

Primeramente preludió por medio de sonidos vagos y caprichosos, lanzados como al acaso de todas las partes de su voz maravillosa, con el descuido inteligente de un músico que prueba á la vez su instrumento y su fuerza para despertar la atención é imponer el silencio, y despues se calló un instante como recogiendo.

A estos acentos inauditos se despertó el vergel. Las puntas de las yerbas que se habían tendido á dormir alzaron á escuchar sus cabezas agudas; las flores, entreabriendo sus corolas, dejaron por esta vez sus pistilos delicados expuestos al fresco de la noche; los árboles sacudieron sus grandes cabelleras y los pájaros reconociendo sobresaltados á su amo y señor, temblaron de admiracion y de envidia.

La rosa, despertada como las otras flores, murmuró contra el torpe que había interrumpido su tranquilo y agradable sueño, y ya que era preciso, se dispuso á escuchar con una resignacion indolente.

No esperó mucho tiempo.

La misma voz se elevó en los aires grave y quejumbrosa, haciendo vibrar lentamente la melancolia de sus notas mas bajas, y recorriendo sobre algunos tonos nada mas toda la escala del dolor, desde el sordo temblor del sentimiento hasta el negro extravío de la desesperacion, llegó á caer sobre un largo suspiro que parecia el último adios de un moribundo.

El eco no había repetido el último sonido, los oyentes no habían dominado aun la emocion que los oprimía, cuando ya la voz fugaz, como un relámpago, estaba perdida en los cielos. Al canto de inefable dolor

había sucedido sin transición, sin intervalos un canto de loca alegría. Fué aquello una melodía singular, sonora y fogosa que corría diseminada por la llanura saltando de colina en colina, rodando de abismo en abismo, subiendo, bajando, interrumpiéndose y anudándose sin cesar, un fuego granado de notas estrepitosas, una brillante orgía de gritos desordenados, de silbidos agudos y risas insensatas, una escala infinita que iba de un extremo á otro y se enlazaba como un círculo, un caos sublime de disonancias armónicas.

Pero de repente la voz se calmó, y como una mar irridada que apaciguado el viento acaricia con su onga serena la playa que ántes había recorrido con su oleada furiosa, entonó suavemente un himno de amor y de ventura. La alondra encontró allí sus ligeros gorgeos, la paloma su arrullo voluptuoso, el mirlo sus acentos apasionados y los pájaros todos lloraron al verse excedidos todos al mismo tiempo. Cuanta elocuencia tiene la plegaria, cuanto arrebató hay en el éxtasis, cuanta embriaguez y delicias tienen la esperanza y el amor dichoso, otro tanto el maravilloso cantor había infundido en algunos instantes en el alma de los oyentes que largo tiempo despues que hubo concluido le escuchaban aun con un estremecimiento de entusiasmo.

La rosa había oído también; poco á poco había levantado su cabeza inclinada, ensanchado sus pétalos, abierto sus poros y saboreado con todos sus sentidos la música divina. Había llorado á los acentos de aquella desolación profunda; se había dejado arrebatar al vuelo fantástico de aquella locura deslumbradora, se había embriagado en aquella copa mágica que derramaba abundantemente melodía y amores.

Y cuando una hora despues el ruiseñor dió la vuelta al jardín para ver quien dormía y quien vetaba en el silencio, solo halló en vela á la rosa que temblaba aun de emoción sobre su tallo palpitante.

Y sin conocerle, la rosa se enamoró del ruiseñor.

Este, seguro de que ella sola le oíría, volvió á cantar con su voz inteligente un nuevo canto dirigido á la rosa, un canto mas hermoso que todos los demás, donde contó su vida, sus amores, sus deseos y sus esperanzas.

Cuando amaneció, la rosa buscó con sus ojos á su vencedor entre todos los pájaros que revoloteaban en torno suyo, y no le halló. Ya principiaba á temer que despues de haberla seducido, hubiese volado lejos de ella, cuando el ruiseñor se acercó despacio y la preguntó su nombre. Al primer sonido de su voz, la rosa le reconoció y le dijo estremeciéndose:

— Mi nombre es Gul.

— ¡Oh! Gul, te amo.

— ¿Y el tuyo?

— Bulbul.

— Te amo, Bulbul.

Y los dos amantes confundieron sus almas en un largo beso.

Un ruido fuerte de alas les sacó de su éxtasis, y vieron un espíritu cerniéndose sobre ellos.

— ¿Me conocéis? dijo el espíritu con una voz severa.

— No, contestó el ruiseñor.

— Yo os conozco, dijo la rosa; sois el Genio á quien está confiada la guarda de este jardín. Solo á vos pertenecen aquí todo derecho y todo poder, y vuestra voluntad es la ley de nuestras existencias.

— Está bien: ¿y conoces las costumbres del jardín?

— Todas.

— Cuando se aman un pájaro y una flor, y quieren ser uno de otro, ¿sabes lo que deben hacer?

— Sí.

— ¿Y tú, extranjero?

— Yo, dijo el ruiseñor, sé que en mi país amamos como nos parece y hacemos lo que nos conviene; nuestra vida es sencilla como la onda y libre como el aire.

— Pues aquí cada cosa tiene su regla y cada acción su ley. Cuando dos seres quieren saborear juntos las delicias del amor, es preciso que juren permanecer eternamente unidos, y que se dejen enlazar por mí á una cadena indestructible, aunque invisible. ¿Quieres someterte á nuestros usos?

— No quiero renunciar á la libertad.

— Entonces deja al instante estos lugares y no vuelvas nunca.

El ruiseñor abrió lentamente las alas arrojando á la rosa una mirada de desesperación y principió á elevarse en los aires. La rosa se puso pálida y dejó caer su cabeza moribunda. El ruiseñor se detuvo en el espacio.

— Vete, dijo el Genio.

— Jamás, dijo el ruiseñor precipitándose hácia la rosa. Alza la cabeza, Gul, y mira á tu amante que vuelve á tí para siempre. Conozco que la mitad de mi vida se halla en tí, sér idolatrado, y lejos de tí no respiraré ánchamente. ¿Qué me importa ahora la libertad? La libertad es buena para los desgraciados y los inconstantes, pero es inútil para los fieles y los dichosos. Vivir contigo siempre, es ser siempre feliz; ¿y quién podría privarse de la eternidad de la dicha?

— Bulbul, bendito seas, dijo la rosa; me devuelves la existencia, si te hubieras marchado, habría muerto.

— ¿De modo, repuso el implacable Genio, que jurais permanecer unidos eternamente?

— Lo juramos, dijo la rosa con presteza.

— ¿Y consentís en llevar juntos la cadena indestructible?

— Sí, consentimos.

Apénas hubieron pronunciado estas palabras cuando se sintieron unidos por un lazo invisible; alzaron los ojos para ver de nuevo al poderoso Genio cuya voluntad se realizaba tan pronto, pero había desaparecido.

(Se concluirá.)

## Recuerdos de un viaje.

UN BAILE.

Amadas lectoras: tirad este papel, porque os llevais un gran chasco: no creais ver un baile como esos muchos que frequentais: os engañais, lo repito: no vais á encontrar bellas descripciones de trajes ni de modas: no, porque estamos á cuarenta leguas de Madrid, en un pueblecillo en que hay seiscientos vecinos y un alcalde constitucional, y un cura y su ama y no sé cuantas personas mas.

Una mañana en que dormía profundamente y en que ni me acordaba de fiestas, ni paseos, sino únicamente en descansar de una cacería de la víspera habíamos tenido, sentí pasos en mi alcoba; al pronto sobresaltado me senté en la cama; pero me tranquilizó la voz de mi patrona, que decía: — Señorito, qué buena noche vamos á pasar... — ¿Qué está Vd. diciendo? mujer. — Nada, friolera, y va á ir la alcaldesa y la boticaria, y... lo principal del lugar. — Pero ¿adónde? — Levántese Vd. y se lo diré. — Y despues que mi castellana abrió un cofre y sacó de él no sé qué y lo volvió á cerrar, se fué, me dejó solo y me vestí. Pidiendo el chocolate abría la puerta de mi cuarto; cuando mi patrona dijo: le voy á decir á Vd. adónde vamos esta noche; mas yo que no olvidé el chocolate por cuanto existe, la contesté que pasara al comedor y que entre sopa y sopa saborearía el buen rato que según ella iba á tener. Pues señor, esta noche hay baile y han venido á convidar á Vd., á mí y á mi marido. — Sí, pues yo no sé si iré. — ¿Cómo que no? Lo tomarán á desaire, y luego Vd., señorito, hará tan buen papel en él... — Gracias por la lisonja; pero dígame Vd., es cosa de ponerse á vestir á las diez de la noche? — Quiá, si á esa hora concluirá. — Pues entonces, me decido, voy á bailar. — Momentos despues me puse á leer, mas era imposible: entraban, salían, buscaban una llave, y un vestido, y un peine, y una galga, y al poco tiempo viene una vecina y empieza á disertar con mi patrona, sobre si el baile sería de etiqueta ó de medio pelo; yo me echo á reír y mis heroinas á discutir razonadamente sobre el traje que deben llevar. La discusión no bastó para decidir las, aunque fué acalorada, y tan ilustrado consejo decidió ir á consultar al ama del cura, que es mujer muy entendida en eso de etiquetas, de bailes y de iglesia.

A todo esto el marido de mi consejera empezó á templar el violin que debía ser uno de los que componían la orquesta, y al poco rato empezó un concierto de seguidillas, jotas y vales, que me hicieron recordar mi manía filarmónica, con lo cual empecé á destrozor todas las zarzuelas conocidas. Pasamos así no sé cuánto tiempo contando en él, el que invertí en felicitar al profesor; cuando vienen muy apuradas las bellas, diciendo que el baile era de etiqueta y que había refresco. Entonces empezó un movimiento desconocido, se abrieron los baules, salió el pañuelo de crespon, el vestido de muselina, un adorno con honores de jardín y no sé cuántas cosas mas. Vistos ya los preparativos suspendí mi observación y me fui á pasear; pero llegó la hora de comer y luego, como no era cosa de quedar mal, y soy un si es no es coqueton, empecé á vestirme, aunque modestamente como podréis conocer.

¡Cuán pronto pasa el tiempo! Ya son las siete y media, á las ocho es preciso ir y mi patrona no queriendo que pasase la hora, empieza á llamarme á voces; bajo, la examino, no estaba del todo mal, aunque el adorno hacia un contraste diabólico, la felicité, la dije un par de galanterías y la ofrecí mi brazo, encaminándonos en seguida á casa de la escribana, que era la que daba la función, señora de altas companillas y de no muy baja estatura. ¡Qué grupo! ¿Qué sucede allí? Nada, la gente que no está convidada y viene á ver quién entra al baile. Ya llegamos; cuántos curiosos! Se acercan á las rejas; examinan el local; cuchichean; se admiran. Esto va á estar delicioso, me digo á mí mismo y entramos en el salón. Era una sala cuadrada, modestas sillas y sofás de Vitoria adornan sus costados, y en sus blancas paredes se ven cuatro cornucopias antiquísimas y hasta una docena de pequeños cuadros que contienen la historia del conde de Monte-Cristo. El alumbrado era digno de tan elegante mobiliario; de las cuatro esquinas del techo prenden grandísimos candiles de cuatro mecheros, que reparten una luz demasiado clara, y defunden una densa nube de humo de no muy grato olor. Pero nadie se acuerda ni de los muebles ni de las cortinas de lienzo blanco y de los clavos dorados en que se recogen; la casa pasa por una de las mejores del pueblo y estamos en una noche en que se ve favorecida cual nunca.

Las señoritas del pueblo están ya colocadas alrededor del salón y no se ven esos trajes característicos de lugar; vemos allí unos remedos de nuestras elegantes, que parecen unas caricaturas; el vestido de muselina á grandes ramos, está á la orden del día, los pañuelos son de crespon y predomina el color encarnado, aunque hay algunos blancos y verdes; los adornos son estrepitosos bien sean de flores, ó cintas, y el calzado, es

el zapato bajo, de modesta cabra. Las caras son muy medianas, hay dos ó tres muy regulares; pero desprovistas de gracia y de expresión. Los hombres presentan otro cuadro muy distinto: los anchos calzones; la escasa chaqueta y la ceñida faja, se presenta do quiera y se ven en ellos esos tipos campestres, tostados del sol y curtidos por el aire. — ¿Quién son esas elegantes? pregunto á un adlátere, viendo llegar á unas señoras que parecían forasteras. — Son de Madrid, me contesta y me dejó en la misma duda que ántes; sin embargo, me parece regular acercarme á ellas, estarán como yo, aisladas: las saludo, hablamos un rato y examinamos aquella reunión. Mas ya se oyen los violines y una escena original me hace reír. Vienen los hombres á invitar á las damas; se paran delante, dan un salto y se quedan en una postura académica pasando el brazo derecho desde el hombro izquierdo por encima de la cabeza, hasta dejarle perfectamente extendido y en dirección á su pareja y recogen el izquierdo hasta tocar con las uñas la oreja del mismo lado; despues sin decir una palabra se separan y van á colocarse en medio de la sala. No tardan mucho en oírse unas manchegas, que cantan dos labriegos y acompañan dos violines y una guitarra y las mujeres se levantan y van á colocarse al lado de sus parejas masculinas. El baile empieza, qué de castañuelas; ¡cómo se mueven! ¡qué vueltas! ¡cómo se divierten! Yo continué hablando con mis elegantes madrileñas, y les hago ver lo mucho que disfrutaban aquellas pobres gentes.

Ya concluyó el baile y veo encaramarse á un hombre sobre una silla para despabilar los candiles con sus dedos y dirigirse á mí y á mis compañeras de baile, á mi patrona, á la dueña de la casa y á una señora gruesa y rechoncha, que luego supe, era la ya mencionada ama del cura. — Aquí venimos á pedirle á Vd. un favor, me dicen. — Por Dios, pidan Vds. lo que quieran. — Es, que es mucho. — No importa. — Pues bien, quisieramos que bailase Vd. y lo mismo estas señoritas. — Pero si no sabemos. — Vaya: pues salten Vds. — Insisten y protestamos, pero ya no podemos rehusar y acepto mas con la condición de que luego habían de tocar una polka, fué á lo que invité á una de mis compañeras.

Héme á mí, burlona lectora, al frente del ama del cura, mi pareja, sin poder contener la risa á que excitaba su pequeña figura, su entusiasmo y su orgullo por verse preferida por un madrileño. Yo, que pensaba sacar partido de todo, empecé á elogiarla y á decirle mil sandeces que la pobre mujer aceptaba sin cumplido: todo en ella era motivo de alabanza por mí, y aunque ella alguna vez se quería disculpar, no sabía cómo; creyéndolo conseguir con la frase: se reirán Vds. tanto de nosotras...

Muy larga se me hizo la jota, en que yo lucí mis buenas dotes coreográficas; pero al fin concluyó y momentos despues cumplian la palabra que me dieron y se tocaba una polka. Busqué á mi pareja, rodeé su lindo talle con mi brazo, y momentos despues girábamos á mas y mejor, formando un buen contraste con la pesadez de los labriegos. Al fin nos paramos; la polka continuaba y nosotros, á fuer de personas de pró, nos entretuvimos en criticar, costumbre adquirida en nuestros aristocráticos salones. Cesa la polka y empiezas á sentir una alegría extrema: ya tenemos el refresco, me levanto para tomar unos vasos de naranja y llevarlos á mis paisanas; pero ¡oh horror! el refresco consistía en una gran bandeja en que había hasta unos doce vasos de vidrio rayado, una jarra con vino y un porrón con aguardiente; afortunadamente divisé una pequeña bandeja en que había unos bizcochos y agua y tuve que obsequiar á mi pareja y su familia con tan modesto buffet.

Todo agrada en esta vida: así que daban las once y el baile tocaba á su fin, lo que verdaderamente sentía: de fijo hay lectora que cree me iban interesando mis paisanas: protesto contra esa especie y les diré francamente que lo sentía, porque soy muy observador; me gustan esos cuadros nuevos; desconocidos para mí, y disfrutando en ellos tengo una pérdida cuando se acaban ó concluyo de observar. Mi patrona vino, me cogió del brazo y nos fuimos. — Se ha divertido Vd. mucho, me preguntó. — Mucho, la respondí. — No se habrá Vd. reído poco de nuestras paletadas. — Yo no me burlo, la dije con tono magistral, solo estudio.

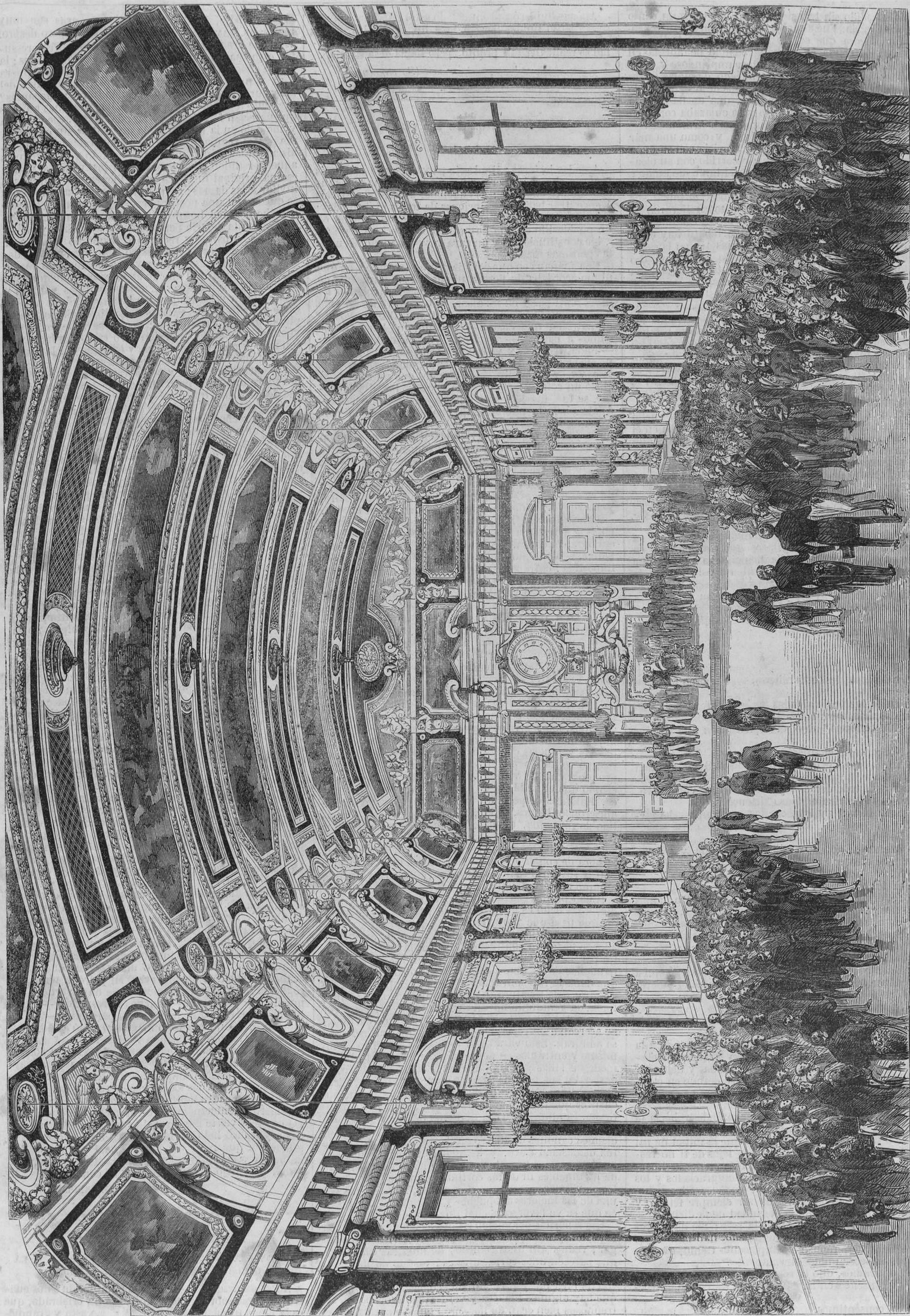
Hé aquí, lectora bella, una verdadera fiesta de pueblo, dibujada tal cual la vi, aunque falta aquel colorido que daban los candiles, los bizcochos y el aguardiente. En ella la franqueza brillaba, y el contento se reflejaba en todos los animados rostros que constituían aquel cuadro natural, digno de Goya. Ahora que considero detenidamente aquella noche me pregunto: ¿Quién se divierte mas, aquellos labriegos con su modesto y franco baile, ó nosotros en esos aristocráticos salones en que reina esa fría etiqueta que constituye la buena sociedad? Vosotras, elegantes madrileñas á quien me dirijo, tened la bondad de contestar.

ROMÁN DE PENOLISA.

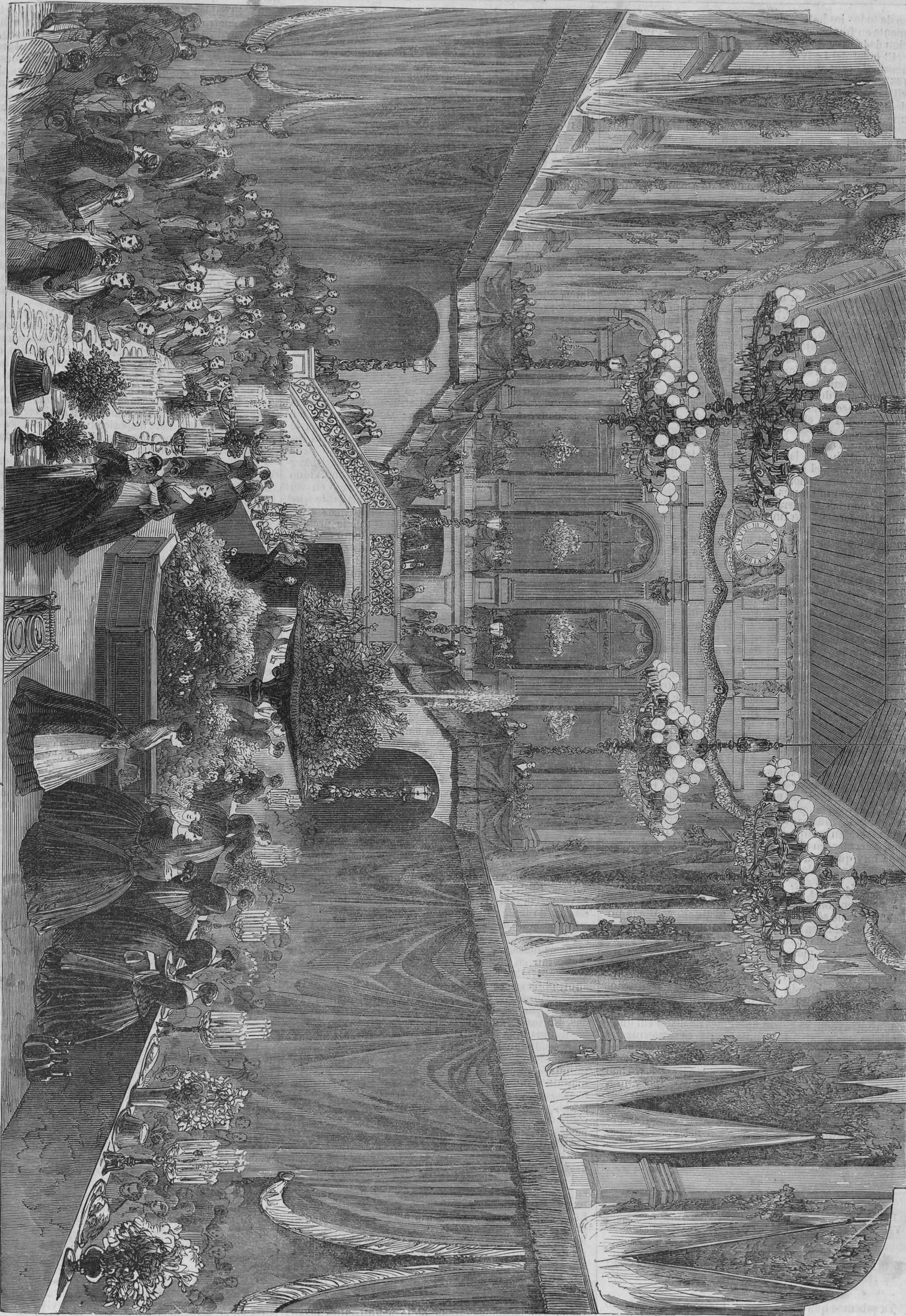
## Fiesta de los expositores

DEDICADA Á S. A. I. EL PRÍNCIPE NAPOLEÓN Y Á LA COMISION IMPERIAL, EL 18 DE OCTUBRE.

Antes de describir esta fiesta notable, diremos cuatro palabras sobre el lugar donde se ha celebrado, que es la fonda ó hotel del Louvre, el vasto y grandio-



Fiesta dada por los expositores en el hotel del Louvre. — El salon de recepcion.



Fiesta dada por los expositores en el hotel del Louvre. — El patio del hotel transformado en ambigü.

so de todos los hoteles de Francia, construido recientemente en frente del Museo y en medio de la prolongación de la calle de Rivoli.

El hotel del Louvre se empezó á construir en 27 de agosto de 1854 y abre sus puertas el 16 de octubre de 1855; en trece meses y medio ha sido construida esta villa de 750 cuartos, que pueden alojar 1,000 viajeros, decorada, pintada tapizada, y amueblada. ¿No es esto una maravilla?

El terreno que ocupa el edificio es de 8,000 metros de superficie, en que 6,500 son empleados en construcción; calles enteras, un barrio casi, se levantaba sobre el sitio que él ocupa. La entrada principal está sobre la calle de Rivoli, haciéndose por cuatro grandes arcos, destinados dos de ellos á las gentes de á pié, y los otros dos á los coches que conducen al patio central de los tres que tiene.

Las construcciones que vuelven los tres patios forman el contorno del hotel, y están destinadas para habitaciones de los viajeros. Cinco son los pisos de este edificio, y hay en cada uno de ellos una doble fila de cuartos, que separa un ancho corredor de 400 metros, y que da la vuelta al hotel. Seis escaleras de piedra, y ocho para el servicio, unen entre sí estos cuarteles.

Lo notable que en él existe, además de su grandiosidad, el lujo con que está montado todo él, especialmente el primer piso, el comedor, la máquina que hay para recoger los equipajes de los viajeros y repartirlos en los diferentes pisos; y la buena disposición que se ha dado para que la aglomeración de gente no pueda perjudicar á la salud.

Al rededor del edificio se van á establecer hermosísimos almacenes, llamando ya la atención la fotografía que despacha en el piso bajo, y trabaja en el último, haciendo los que se van á retratar la ascension por medio de un aparato dispuesto al efecto.

Pasemos ahora á la descripción de la fiesta y para ello copiaremos el relato de un diario parisiense.

« El patio de honor de esa fonda monumental resplandecía con mil luces, y su bóveda de cristal empavesada con las banderas de las diversas naciones, se habia transformado en un primer salon en cuyo centro estaba preparado un enorme ambigü. Las ventanas colgadas de terciopelo desde el primer piso hasta el remate, llevaban cada una el nombre y las armas de una capital de Francia ó del extranjero. En el fondo del patio una vasta escalera de cuatro tramos conducía á una larga y espléndida galería que precede al salon principal, un comedor, un salon para el sarao, y que fácilmente se podría tomar por una sala del trono al ver sus colosales dimensiones, sus cielos-rasos cubiertos de pinturas y cariátidas, sus espejos, sus pilastras y artonados de oro y mármol de extraordinaria magnificencia. Estaban preparadas dos orquestas; una de música militar estaba en el vestibulo del patio; otra, dirigida por el hábil jefe M. Dufresne, ejecutaba marchas y trozos variados en el salon principal en donde se aguardaba á S. A. I. A las nueve se abrieron las puertas, y la multitud de los expositores aumentada con los convidados llenó las inmensas salas, que por un instante parecieron demasiado estrechas. El príncipe Napoleon llegó á eso de las diez escoltado del ministro de Estado y muchos altos dignatarios. Recibido por la comision, el príncipe se adelantó á la sala principal donde se mantuvo en pié. Desde su llegada se cantó con mucho gusto por Roger una cantata á grande orquesta, y la música, que era de M. Auber, fué muy aplaudida. En cuanto á las palabras, de M. Henri Triannon, vaciadas en el molde ordinario de las cantatas, nada hay que decir. Ese himno al trabajo y á los laureles pacíficos de los talleres, principia así:

*Le grand siècle renaît; le passé recommence.*

« La intencion es buena, pero M. Lesguillon lo habia dicho ya, y no sé si el último hemistiquio contiene un elogio delicadamente expresado. La última copla, que contiene un doble homenaje al Emperador y al príncipe imperial, se pidió que se repitiera.

« Despues de la cantata, el príncipe se presentó en los salones donde la concurrencia trató de dispersarse y pasear, pero sin haberlo logrado al principio. Era sin duda la fiesta de la fraternidad, y los expositores han debido aprender á conocerse. Pié contra pié, codo contra codo, se daban apretones de mano sin duda cordiales, pero algo involuntarios, y se fraternizaba de grado ó por fuerza. En fin, los expositores aliados han logrado abrirse una brecha y se han precipitado contra el ambigü principal y las obras accesorias. Todo ha sido tomado por asalto con un entusiasmo y una unidad imposibles de describir, y en un instante han desaparecido los productos mas apetitosos, pero los mas efimeros de la industria. La mas completa libertad ha dado un sello particular á esa fiesta, en que las damas brillaban por su ausencia y en que los hombres se paseaban á la americana con el sombrero encasquetado. »

### Exposicion Universal de la Industria.

( Véanse los números 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147 y 148. )

#### IX.

EL INTERIOR DE LA NAVE. — OBJETOS RELIGIOSOS. — PIEZAS GRANDES DE PLATERIA. — OBRAS DE MÁRMOL Y DE MADERA.

Ya sabemos que el interior de la nave es un terreno completamente neutro. Todas las naciones han mez-

clado allí sus productos, y estos productos son considerados como piezas excepcionales, ya por su carácter, ya por sus dimensiones. Nada mas natural que reservar esta arena central para los objetos de toda especie con tal de llenar ese vacío inmenso.

El público mira con atencion muchas obras que se recomiendan suficientemente solo por su destino; queremos hablar de los diversos artículos relativos al culto, como son los altares, púlpitos, nichos, urnas, etc. Los objetos de este género son muy numerosos tanto en el salon bajo como en las galerías. Es evidente que el trabajo industrial aplicado á la decoracion de las iglesias es muy activo. ¿ No es un hecho muy notable por sí mismo la presencia en el palacio de la Industria de tantos productos de este carácter? ¿ Y habremos de creer que estamos tan inmediatos á una época en que casi se querría mirar como incompatible el espíritu religioso con el industrial?

Pero seria preciso atenerse á puras exterioridades para imaginarse que el espíritu religioso y el industrial están en mutua contradiccion. Es verdad que el uno se apodera del mundo físico; toma la materia y la modela á nuestro gusto, y el otro se eleva de la tierra y se lanza hácia el infinito. Los fines inmediatos son diferentes; pero cuando se penetra hasta el fondo de las cosas, se ve que hay mucha distancia desde esta diversidad al antagonismo.

Supóngase á la industria triunfante en todas partes, desempeñando las mas difíciles tareas que hayan podido señalársela hasta hoy mismo todavía; supóngase toda la tierra sureada de caminos de hierro, abiertos á la navegacion los istmos que se oponen á la rapidez de los viajes, y si se quiere, el aire mismo sujeto á la voluntad inteligente del hombre; ¿ se creará por eso que la satisfaccion de tales triunfos podrá absorber el pensamiento humano? ¿ Se creará que entónces el individuo no sentirá el vacío en su alma? ¿ No tiene acaso el hombre aspiraciones que no pueden satisfacer las preocupaciones del orden industrial? El individuo no puede permanecer largo tiempo encerrado en un mundo enteramente positivo, por mas brillante que este sea. Al contrario, debe sentir mucho mas vivamente el imperio de las ideas religiosas que le presentan otras salidas. Nada tiene de extraño entónces, sin hablar de razones ó mas actuales, ó menos visibles, el ver que el movimiento religioso de nuestra época encuentra en la industria un auxiliar pronto á servirle. Los suntuosos artículos que nos presenta la nave del palacio de los Campos-Eliseos son los mejores testigos de esta disposicion.

Hé aquí en primer lugar tres altares de cobre dorado, que á la vez son piezas de platería mas ó menos magníficas, y obras de arqueología mas ó menos sabias. El arte del siglo XIII, de ese siglo que ha visto la construcción de la Santa Capilla en Paris, ha vuelto verdaderamente á la vida en el altar mayor ejecutado por M. Bachelet, por los dibujos de M. Viollet-Leduc, sin que esto sea del todo el arte gótico tal como lo han comprendido las naciones del Norte y del Oeste de la Europa. El estilo gótico no ha sido propiedad particular de un solo pueblo; ha dado la vuelta á todo el mundo cristiano, y sin dejar de ser fiel, en sus mejores tiempos, á algunos datos generales muy exactos, al menos en los detalles ha debido resentirse del gusto particular de las diferentes naciones. No obstante nos atrevemos á decir que el altar de los señores Viollet-Leduc y Bachelet nos trae á la memoria el género gótico tal como lo ejecutaron los pueblos del Mediodía de la Europa, los pueblos de la grande Grecia. La base recuerda todavía un poco el estilo bizantino que ha reinado hasta el siglo XI.

El tabernáculo y su coronamiento son mucho mas góticos. El Cristo está sentado encima del tabernáculo, cuya puerta está guardada por la Religion y la Fé. La estatua de la Fé con los ojos vendados es admirable en esa especie de descuido donde domina el éxtasis, pero sin llegar hasta el anonadamiento de la reflexion. Los modelos de estas figuras y de las de los doce apóstoles que están en la grada, han sido ejecutados por M. Toussaint. Una sola observacion queremos aventurar aquí, observacion que en todo caso deja intacto el mérito intrínseco de estas figuras, y es que son algo mas grandes que las columnatas entre las que están colocadas. En los monumentos góticos de la misma época, las figuras que ocupan posiciones análogas, son algo menos salientes.

Esta observacion no tiende en manera alguna á disminuir la justa admiracion del público hácia esta magnífica obra de platería que pertenece á las regiones mas elevadas del arte industrial. Ha sido ejecutada á frio, es decir, batiendo con un martillo las hojas de cobre colocadas sobre dibujos vaciados. Algunas de sus partes accesorias están fundidas y cinceladas. Son dignos de elogio el talento y el gusto del arquitecto, el sentimiento del estatuario y la sorprendente ejecucion del platero.

No léjos de esta pieza, hay otra del mismo género, cuyo dorado es mas brillante, pero cuyas formas son menos atrevidas y las proporciones menos grandiosas. Este segundo altar es de estilo bizantino. Ha sido dibujado por M. Questel, y ejecutado por M. Ponsielque-Rusand, que en 1849 expuso varios artículos de platería de mucho gusto. El cuerpo del altar es una obra muy elegante, que á pesar de haber sido construida por medio de los procederes industriales de nuestra época, mas á propósito para simplificar el trabajo, no por eso deja de reproducir con perfeccion todos los caracteres de la solidez propia de la arquitectura bizan-

tina. El baldaquino nos parece algo pobre. Las estatuas de los cuatro patriarcas colocadas delante del altar. Las de Abel, de Abraham y de los pontífices antiguos, Melquisedec, el pontífice de la ley natural, y Aaron, el pontífice de la ley revelada, son un poco grandes para sus nichos. ¿ Pero qué son estas ligeras criticas al lado del mérito de haber superado tan grandes dificultades?

Encontramos ménos carácter en el tercer altar, el de M. Villemens, imitacion de la época de Enrique III, y hecho por los dibujos de M. Gault. El cuerpo del altar es de bronce dorado con columnas de mármol. Las pequeñas estatuas de los ángeles colocadas delante y á los lados del altar, son proporcionadas á la altura de los nichos. Aunque difícil de clasificar bajo el aspecto arquitectónico, el conjunto de esta pieza debe producir buen efecto á los ojos de un gran número de personas.

Ménos rico, pero mas grave y severo que el cobre y el bronce dorado, el mármol ha presentado igualmente tres altares en el salon del palacio de la Industria. Al paso que las piezas de platería han salido todas de la capital, los mármoles han venido de diferentes localidades: uno de Angers, otro de Burdeos, y el tercero de Paris.

Este último ha sido ejecutado por M. Vossy, marmolista, para la iglesia de Vaugirard, al estilo romano. Es severo y bien labrado. Las pequeñas estatuas colocadas en el cuerpo del altar tienen el mérito de no avanzar demasiado fuera de las columnas que les sirven de nichos; pero en cambio tienen el defecto capital de que parece que están despegadas del monumento, y nada nos parece ménos monumental que esta sobreposicion. La obra revela así un carácter esencialmente mercantil. Esta disposicion parece querer decir al comprador: « Podemos dejar ó quitar estas estatuas; eso dependerá del precio. »

El altar enviado de Burdeos por M. Jabouin tiene un aspecto muy seductor, sobre todo en su parte superior. Su estilo es caprichoso; se dirá que quiere ser gótico; pero ni la parte superior del altar, ni los personajes de bajo relieve que representan la muerte de la Virgen, se inclinan mucho á la época gótica.

En materia de mármoles destinados á la decoracion de iglesias, la obra capital de la Exposicion es el altar mayor ejecutado en Angers en los talleres del abate Choyer. El establecimiento de M. Choyer es bien conocido del clero francés. Muchas ciudades principales le han comprado monumentos importantes. La iglesia de Saint Philippe-du Roule de Paris, nuevamente ensanchada y concluida, aunque data del último siglo, ha sacado de allí su altar mayor.

Pastor y artista, teólogo y pintor, M. Choyer tiene el doble mérito de saber dar á sus obras el sentimiento cristiano, y permanecer fiel al pensamiento católico. Es cierto que para el catolicismo, el arte no está encerrado en una forma inflexible. La expresion puede variar en torno del dogma. Sin embargo, la inteligencia de los emblemas cristianos, la figuracion de las escenas de la Biblia, del Evangelio, de la historia de la Iglesia está sujeta á leyes particulares que no es dado á todos los artistas, aun á los de mas talento, el comprender y traducir. Sabemos que jueces muy competentes han reconocido en las obras del abate Choyer la ciencia y el sentimiento del dogma católico, y esto basta para que examinemos sus obras con el mas prolijo detenimiento.

Su altar mayor es de un gótico sencillo y de buen gusto; no el gótico florido como se ha llamado, el gótico exagerado en sus formas del siglo XV. Visto de lado y á cierta distancia, este grupo produce un efecto seductor. De frente, el aspecto es algo ménos agradable, y creemos hallar la razon en una especie de desacuerdo entre lo complejo del bajo relieve que adorna la parte anterior del altar, y la graciosa sencillez del conjunto. Ejecutado provisionalmente en yeso, el bajo relieve está consagrado á una escena muy reciente que será célebre en los anales de la Iglesia, á la declaracion del soberano pontífice Pio IX relativamente á la inmaculada Concepcion. Como se ve el asunto no carece de interés; pero aquí tiene el defecto de que el artista ha querido sacar de él mucho partido. Evidentemente está en contradiccion con el estilo gótico, que tenia el raro mérito de no buscar nunca el efecto, y cuyas mas tiernas páginas rebosan sin esfuerzo de corazones inocentes y penetrados.

De dos maneras podia el pensamiento representar la escena de la declaracion pontifical relativa á Maria; la una celestial, evocando la presencia de los santos y de los ángeles; la otra, que nosotros llamamos mundana, reproduciendo imágenes sacadas del mundo visible. El abate Choyer ha preferido esta última. Una vez aceptada la idea, ha sabido hacerla con talento y ha hecho Bretar con su buril raudales verdaderos de emocion. No obstante, la primera idea era la sola que podia ligarse con el género gótico, y por una preocupacion de actualidad ha cometido, en una obra tan sobresaliente por muchos conceptos, una penosa antitesis.

El mismo establecimiento ha expuesto además en el salon principal un bajo relieve destinado á la iglesia de Saint-Seurin de Burdeos. Este bajo relieve es la traducción de estas tiernas palabras de Cristo á sus apóstoles: « Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. » *Ego sum vitis, vos autem palmites.* No era fácil traducir con el buril este corto versículo; y sin embargo el abate Choyer lo ha conseguido. La figura de Cristo parece salir de la vid, y al través de las hojas vivamente talladas en el mármol, los bustos de los apóstoles se ade-

lantan como la flor de que habla la Escritura, *saliendo de la raíz de Jesé*. Si esto es exacto, desearíamos nos permitiese presentar aquí una observación, á saber que las figuras de los apóstoles, en vez de ser hundidas, habrían debido ser de bajo relieve, y quizá bajo esta forma la ilusión hubiera sido todavía mas grande, y no habria necesidad de preguntarse cómo los bustos pueden estar sostenidos por los flexibles y delgados sarmientos de la vid.

Del mismo modo que en mármol y en bronce, se han expuesto en madera tallada muchas obras de mérito. Salvo una excepcion de interés secundario, los trabajos de este género no pertenecen á los expositores franceses. Han sido enviados de países extranjeros, y en particular de la Holanda y de la Bélgica.

Los Países-Bajos han expuesto dos púlpitos; la Bélgica posee un altar y un nicho. Estos objetos se hallan enteramente en evidencia por su elevacion y magnitud. El público ha fijado en ellos su atencion, y no queremos pasar en silencio algunos rasgos que los distinguen.

En Bélgica se cuentan tres talleres de escultura sobre madera, de los cuales dos están en Lovaina y uno en Brusélas. Uno de estos establecimientos no ha enviado nada á la Exposicion. El nicho de la Virgen ha salido del taller de M. Dumont en Brujas, y el altar del de los Sres. Goyers, hermanos, en Lovaina.

El nicho es un verdadero esfuerzo en materia de escultura; pero un esfuerzo ejecutado por manos acostumbradas á trabajar la madera. El coronamiento está formado de ramas enlazadas en un modo tan complejo que el ojo mas ejercitado permanece absorto en presencia de las dificultades de semejante trabajo. En cuanto á la estatua de la Virgen que se halla encerrada en el nicho, nos parece un poco pequeña y falta de expresion.

La obra de los Sres. Goyers, de la que ciertas partes están admirablemente ejecutadas, revela mucha pretension arquitectónica; y sin embargo, nos parece peccar contra una de las primeras reglas de arquitectura. La desproporcion entre el coronamiento y la base es manifiesta. La parte escultural de esta obra, que pertenece á la vez al género gótico y al estilo del renacimiento, nos parece digno de elogio. Bien podríamos hacer algunas restricciones á propósito del gótico flamenco en general, por mas que nos causen admiracion las obras verdaderamente flamencas, de las que la Bélgica nos ofrece modelos que han permanecido fieles al genio nacional. En Flandes, el estilo gótico se hizo un poco pesado y al mismo tiempo amanerado. En el altar de los Sres. Goyers, hermanos, se nota precisamente el estilo afectado; se ve que se aspiraba á la gracia. ¡La gracia! el gótico jamás la habia buscado: la encontró no obstante, pero sin pretenderlo. Expresar el sentimiento religioso, dar salida á los arrebatos de un corazón lleno de fé: tal era su fin. Fina siempre y delicada, la gracia en el estilo gótico es debida enteramente al sentimiento. La tradicion y el arte exigen de nosotros estas restricciones.

Vamos igualmente á permitirnos algunas al hablar de los dos púlpitos holandeses de encina, cuyas esculturas nos parecen ejecutadas con mucha maestria. El uno de ellos ha sido construido en Kuremond por los Sres. Cuypers y Stolzenberg, y el otro en Bois-le-Duc por M. L. Veneman. El trabajo del escultor es mas atrevido en el primero; en el segundo es mas primoroso. Hé aquí nuestras observaciones: en primer lugar, los personajes nos parecen poco góticos tanto en el uno como en el otro; en segundo, ambos á dos, pero sobre todo el primero, del mismo modo que el altar belga, revelan un cierto olvido de las proporciones. El inmenso edificio de los Sres. Cuypers y Stolzenberg descansa en efecto sobre unos pobres leoncillos del tamaño de un gato, que deberian estar espachurrados hace mucho tiempo. En Italia y otros puntos se citan púlpitos sostenidos tambien por animales, pero son de tamaño natural ó gigantesco, cuya fuerza parece estar en relacion con la carga.

No creemos necesario hacer observar el visible parentesco que existe entre las esculturas holandesas y las esculturas belgas, y si nos expresamos libremente sobre las unas como sobre las otras, es porque no dudamos de su buen éxito en el palacio de la Industria.

Al tratar de las obras de escultura sobre madera destinadas al culto, queremos hacer mencion tambien de un altar de M. Prang de Munster en Westfalia. El gótico de esta pieza es á veces muy singular, pero las proporciones están regularmente observadas. Esta pieza se halla expuesta al fin de la nave, cerca de las galerías del Oeste; en el extremo opuesto, frente á los pabellones ingleses, se ve otro trabajo concebido bajo un plan mas modesto, único producto francés de escultura sobre madera expuesto en la gran sala. Queremos hablar de la urna de san Hipólito, ejecutada en Ruan por un carpintero, M. Romain Ouellery. Si en las diferentes obras que hemos examinado, hubiéramos podido á veces señalar ciertos detalles hechos ó tratados como artículos de carpintería, aquí por el contrario, podemos decir que el trabajo del carpintero recuerda con frecuencia el arte del escultor.

Entre esta variedad de obras en cobre, en bronce, en mármol y en madera ¿no parece que estaria mal un altar de barro cocido? La materia es bien sencilla para un adorno semejante; pero tiene la inapreciable ventaja de ser poco costosa. Además esta piedra artificial está hábilmente ejecutada por M. Debay en su taller del Petit-Montrouge, cerca de Paris, y, á decir verdad, me choca entre los objetos resplandecientes que llenan la

nave. M. Debay parece haber querido mostrar el gótico de los últimos tiempos, pues ha evitado la mezquindad del estilo del siglo XV. El aspecto general de su obra agrada á las miradas por la elegancia de las diferentes partes de que se compone.

Razon teniamos pues de decir al principio que las obras de decoracion religiosa llamaban desde luego la atencion en la nave del palacio de la Industria; pero al notar que esas obras diversas se inspiran del pensamiento de otro tiempo, las unas del arte bizantino, las otras del gótico, y otras en fin del renacimiento, llega uno á preguntarse donde está el género propio del siglo XIX. Confesémoslo, en esta materia nada ha creado nuestro siglo.

### Los knownothings.

Los recientes excesos cometidos por los knownothings, estos constantes partidarios políticos de los Estados-Unidos del Norte-América, han llamado la atencion del público europeo, y así no queremos diferir por mas tiempo el presentar á nuestros lectores algunos pormenores relativos á estos; pero antes séanos lícito reseñar con ligeras pinceladas el origen é índole de este nuevo bando político, toda vez que entre nosotros carecemos aun de los detalles respectivos.

El *knownothingismo*, ó sea ignorantismo, preséntase como reaccion corporizada contra las sobradamente avanzadas ideas en la gran república modelo, envolviendo ante las consecuencias de estas mismas ideas y aspiraciones una inconexion é infidelidad á los principios de república. Bajo esta bandera reaccionaria hallanse afiliadas las tendencias mas heterogéneas. Los colonizadores del Sud, con sus diferentes razas aristocráticas, y su manifiesta aversion á los trabajos corporales de alguna incomodidad, como de incumbencia preferente de la raza negra; los del Norte con su orgullo de linaje esclarecido, su árbol genealógico de los presuntos *Freesoilers* (terratienientes libres), y juntamente sus adherentes; los reformistas de costumbres, los individuos de la sociedad de la temperancia y los rígidos santificadores del domingo, todos estos parciales, si bien por causas diversas, pertenecen á la bandera de los *knownothings* (ignorantistas). El origen de *knownothingismo* ha de ocuparse precisamente en el *whigismo*, y con preferencia en los Estados puritanos de Nueva-Inglaterra, cuyos habitantes enorgullecidos con su descendencia de anglo-americana, procuraron crear una aristocracia de raza noble, cuya primitiva aspiracion remontaba á la época de la guerra de la Independencia. El motivo principal que dió origen al partido *knownothingista* estriba empero en la oposicion al puritanismo religioso, contra el poderío de los católicos irlandeses. La influencia cada vez mas creciente del catolicismo despertó en los puritanos de Nueva-Inglaterra aquella oposicion, de la cual fué desarrollándose, en combinacion de otros Estados, la grande reaccion de que nos venimos ocupando. De aquí una de las primeras disposiciones en el programa de los *knownothings*, á saber: la declaracion de incompatibilidad del catolicismo con la existencia de la república.

Hechas estas explicaciones, las que el lector, como no dudamos, habrá visto con interés, vamos ahora á participarle los actos de verdadera crueldad, que cometieron, cegados por el fanatismo de partido, los tales *knownothings* en Luisville, dejando hablar sobre el particular al corresponsal que el *Diario de Basilea* tiene en Nueva-York.

Nueva-York 14 de agosto. — Han llegado ya á esta noticias detalladas relativas á las crueldades cometidas en las elecciones el dia 6 de agosto en Luisville, estado de Kentucky en la América del Norte por los *knownothings* y sus secuaces los *nativistas*, particularmente contra los extranjeros. Estas escenas son superiores en fanatismo y crueldad á cuantas en épocas recientes han manchado el nombre americano.

Ya desde muy temprano ocuparon los *knownothings* los *Polls* (lugar de las elecciones), en donde hicieron todos los esfuerzos posibles para atraerse los votantes. En la sexta *Ward* fueron los extranjeros no solamente expulsados de los *Polls*, sino tambien brutalmente maltratados. Alrededor de la casa, en la que se verificaron las elecciones, habia durante todo el dia numerosos grupos de esa gente atrevida conocida en América bajo el nombre de *Rowdies*. Serian las once de la mañana cuando las sangrientas escenas comenzaron. Pasaremos por alto la relacion comprensiva de los destrozos que hicieron en las casas de los extranjeros, para poner de manifiesto otros excesos de mas viso.

Un irlandés, por ejemplo, fué hostigado por un grupo de americanos, cual si fuera una bestia salvaje de los bosques, hasta que de un tiro le dejaron tendido. Otro paisano suyo, que pasó pacíficamente por delante de la casa en que tuvieron lugar dichas elecciones, fué acometido por unos treinta *knownothings* con palos, causándole heridas graves y conducido además á la cárcel pública.

En el barrio bajo, habitado casi exclusivamente por irlandeses, principiaron las escenas de asesinatos é incendios á la caída de la tarde. Los extranjeros no procedieron á una defensa activa, segun dicen los periódicos anglo-americanos *Times*, *Courier* y *Demócrata*, hasta que los *knownothings* se precipitaron ya sobre los alemanes é irlandeses, pasando á la via de hechos los mas crueles, de modo que la actitud de estos fué

mas bien de carácter de defensa propia. ¿Y cómo habian de haber podido tomar la ofensiva hallándose en número inferior y tan sumamente oprimidos tiempos há? Esto basta para hacer desaparecer la imputacion de haber los extranjeros comenzado las hostilidades. Cuéntase que un americano persiguió á un irlandés hasta una casa en la calle del Main, en la cual fué aquel muerto de un pistoletazo por este, y lo propio sucedió con otro americano que recibió un tiro disparado por un irlandés llamado Barret. Cogido este, por los americanos, fué en seguida ahorcado, pero antes de que falleciera se le bajó del patibulo para conducirlo á la cárcel, en la cual murió á poco de haber llegado á ella.

Hacia las ocho de la noche, fué circumbalada una manzana de casas que hace esquina á la calle del Main, habitadas en su mayor parte de irlandeses, por un grande grupo de gente armada, emplazado á la boca de la misma un cañon, y entregada á las llamas una casa que hacia esquina, y en la cual vivian dos hijos de un irlandés. Propagóse el fuego á otras doce casas que pertenecian al irlandés *Patrick Quien* y que habitaba en una de ellas; *Quien* mismo recibió un balazo y fué despues arrojado á las llamas. Al otro lado de la calle de Main, quedaron tambien dos casas reducidas á ceniza. Los habitantes de todas estas casas al quererse salvar por entre las llamas, sirvieron de blanco á los tiros de fusil de los *knownothings*, y aquellos que no quedaron tendidos y si heridos, retrocedieron para buscar su muerte entre el elemento devorador, en lugar de caer en manos de los desapiadados americanos.

Aun no se sabe cuántas fueron las víctimas que perecieron entre las llamas. En un principio se hallaron solo unos cuantos cadáveres medio abrasados; pero mas tarde se encontró entre las ruinas de las casas de *Quien*, un cúmulo de huesos humanos, habiendo los *knownothings*, para cohonestar su barbarie difundido la voz, que aquellos huesos eran de perros y otros animales domésticos. Pero es mas que probable que deben haber perecido muchas personas, puesto que en las doce casas que se quemaron en una línea, vivian veinticinco familias irlandesas, y mientras que los edificios estaban en abrasadora llama, veíanse hombres, mujeres y niños asomarse á las ventanas lanzando gritos de desesperacion, pero en vez de mover la compasion de sus verdugos, fueron sucesivamente muertos á tiros por los mismos. Parece que durante el incendio y la carnicería, ocurrieron actos y escenas que ponen de manifiesto instintos verdaderamente salvajes, de los que tanto pudieron olvidarse de que tambien en sus venas corrian sangre humana... Así se expresa un corresponsal del *Indionópolis Sentinel*.

Hombres que se precipitaban de las casas para no ser devorados por las llamas, mujeres que querian salvarse con algunas prendas de su mayor aprecio, fueron bárbaramente tratadas, y sus clamores de angustia y dolor, contestados con risas sardónicas. Vi caer bajo un golpe mortal á una mujer irlandesa que llevaba en brazos un pequeño niño, que con sus tiernos bracitos tenia cogido el cuello de su madre, y el lio de ropas que llevaba, fué arrojado por los *knownothings* al fuego gritando: « Queréis rendir homenaje al papa, pues os enseñaremos que en América mandan los americanos. »

La canalla de los *rowdies* que tomó parte en aquellas escenas sanguinarias, vanagloriábanse de sus abominables proezas, diciendo que habian perdido la cuenta de los irlandeses que cayeron bajo sus manos, y que ni á uno solo de los que vieron perdonaron la vida. Se dice que hasta algunos clérigos del país y dos sacerdotes protestantes de Alemania, habian tomado parte, excitando el fanatismo de los tumultuarios, y que á las mujeres americanas se las oia gritar con voces estentóreas: ¡Mueran, mueran todos los irlandeses y alemanes, no hay que perdonar ni aun á sus hijos. Despedazad á estos católicos, no quede de esta casta ni uno solo con vida!...

### Exposicion Universal de Bellas-Artes.

La naturaleza, al lado de los árboles gigantescos que dan al paisaje su gran fisonomía, se ha complacido en crear el mundo infinito de las plantas, de las flores y de las yerbas que contribuyen á la extension de su especie, y en esta segunda creacion mucho mas considerable y variada que la primera ha descendido á los detalles mas delicados y de una tenuidad microscópica. El hombre que á su modo trata de imitar la naturaleza, manifiesta tambien en lo que produce ora combinaciones de gigante, ora caprichos de enano. Como su modelo y en los estrechos límites de su accion, trabaja en grande y en pequeño y desarrolla bajo esos dos aspectos una habilidad admirable. Pero sobre todo en sus grandes creaciones es donde se ven las señales espléndidas de su paso por el mundo; las demás multiplicándose de un modo ilimitado sirven de puro recreo, y no constituyen como las otras sendos títulos de nobleza. Y sin embargo, preciso es reconocer que gasta quizá una industria mas portentosa en las cosas pequeñas que en las grandes. ¿Acaso la delicadeza de las humildes florecillas no agrada tanto como el aspecto majestuoso de las plantas mas grandes? Pero es verdad que el ojo del curioso tiene que estudiar las unas minuciosamente, en tanto que las otras llaman la atencion desde muy lejos. De ese modo tenemos que proceder nosotros para estudiar en la Exposicion el departamento de los pintores en pequeños.

M. MEISSONIER es el capitán de esta tropa. Su bagaje se compone de nueve cuadros entre los cuales varios han figurado ya en exposiciones anteriores: *Un joven leyendo cuando almuerza*; *Un joven trabajando*. Este último fué muy celebrado hace tres años. Hay un encanto de apacible retiro y de vida estudiantina en el aspecto de ese cuarto donde un joven vestido á la moda del tiempo de Luis XV se halla sentado junto á su mesa, como cautivado por un trabajo que le roba toda su atención. Nada más natural que su actitud, su aire y el modo que tiene de morderse el dedo pequeño buscando alguna idea ó quizás un simple consonante. Se ve que se halla en su casa; no está ahí para el público, y si le sorprendemos trabajando es porque casi cometemos una indiscreción.

Un atractivo análogo hay en el cuadro titulado *La lectura*, que representa un hombre de la misma época visto de frente en pie junto á una ventana y leyendo con atención algunos pasajes de un libro, mientras le llega una visita, ó entretanto que sale á la calle. El sosiego que respira su fisonomía, indica una vida arreglada. Es un cuadro sencillo y verdadero, de mucho arte, pero un arte que desaparece y se hace olvidar aquí lo que no siempre sucede en las obras de M. Meissonier, para que el espectador disfrute de su impresión en toda la sinceridad con que la recibe. Toda esta pintura se halla en un acuerdo perfecto bajo el doble punto de vista del claro-oscuro y del modo de ejecución. Es un bonito cuadro digno de un maestro de la escuela flamenca.

En otro lienzo titulado *un Hombre dibujando*, visto de espaldas, con un frac minuciosamente trabajado, no vemos un asunto suficiente para que pueda producirse con ventaja. Es una obra de paciencia y de destreza, pero obra vana.

*Los Jugadores de bochas en tiempo de Luis XV*, son una miniatura de una finura excesiva: esos contemporáneos de Voltaire divirtiéndose en una arboleda del parque de Sceaux se aparecen como si uno los viera con un antejo vuelto. — Otro lienzo pequeño nos transporta á una taberna de la misma época en medio de una reunión donde se distingue toda clase de gente.

El colorido es claro, de un tono pálido, pero ligero y agradable, y las figuras están tratadas con una precisión notable.

El lienzo que contiene dos retratos de señoras solo sirve para confirmar una observación hecha hace ya tiempo sobre la falta de aptitud del artista para tratar asuntos femeninos. El trabajo de su pincel se hace seco y su colorido adquiere una dureza inusitada.

*Los Bravi* indicaron en la Exposición de 1852, una intención de M. Meissonier de sacar sus personajes del estado pasivo, y de reemplazar sus figuras inactivas é inmóviles, con otras en movimiento y en acción. Pero el artista olvidó en este caso la ley capital de la subordinación por la importancia que dió á los accesorios á costa de las mismas figuras. En su cuadro de este año titulado: *una Riña* y cuyas crecidas dimensiones exceden el cuadro ordinario que adoptó hasta hoy, M. Meissonier se muestra bajo un nuevo aspecto de drama, de movimiento y de energía. Cinco hombres se hallan reunidos en un garito. Dos de ellos riñen y sacan las espadas; los otros tres quieren separarlos. Un sexto personaje con trazas de espadachín abre la puerta y se dispone á intervenir en la contienda, también con

la espada desnuda. Un joven, cuyo aire y ricos vestidos de terciopelo rojo, indican una persona bien nacida, se pone en guardia como un hombre acostumbrado á la esgrima; su adversario en el colmo del furor, se inclina hacia él con rabia luchando con dos individuos

de hay un conjunto bien ordenado. También nos parece que esa pintura peca por cierta pesadez de colorido, por mucha sequedad en varias partes, sin embargo de que siempre se ve en esta obra de M. Meissonier, la ciencia, la firmeza y la singular habilidad que caracterizan á este artista. Perocada pintor tiene un punto de vista variable, y adopta para él un modo de ejecución conforme: en el cuadro de *la Riña*, M. Meissonier ha excedido los límites de un punto de vista ordinario. Ahora como correctivo á la opinión que formulamos, añadiremos que ese lienzo ha sido comprado por 20,000 fr. Si las figuras de mujeres escasean mucho en los cuadros de M. Meissonier, en cambio abundan en los de los pintores de su escuela, en quienes desaparece la firmeza del maestro, y se ve reemplazada por una ejecución floja, insignificante ó amanerada, que quita todo valor á ese género de pintura.

En vano se pediría otra cosa mejor á M. FAUVELET que sus dos lienzos titulados: *las Madres jóvenes*; *dos Musicos*. Buscando la gracia cae en una pequeñez ridícula.

M. CHAVET sigue de lejos á M. Meissonier. En cada uno de sus lienzos: *los Pintores aficionados*; *un Concierto*, tratando de dar á la

línea de las figuras un movimiento que M. Meissonier no da á las suyas siempre, ha representado un personaje sentado é inclinado en forma de Z.

M. PLASSAN trabaja en mayores dimensiones y nos da un asunto que ofrece un interés moral en: *la Visita de un médico*. Este mira atentamente su reloj, mientras toma el pulso á una joven enferma. La madre le contempla con ansiedad; esta figura es bonita; pero ¿porqué la ha dado un vestido de un color amarillo muy brillante? Una madre que vela á la cabecera del lecho de su hija no se viste de tal modo, y además ese vestido rompe la armonía en el colorido general sordo y apagado que se ve en los cuadros de M. Plassan. *Un Sacerdote leyendo el Año Cristiano* es un estudio apacible y sencillo que recuerda el daguerreotipo, sin las ligerezas que dan á los detalles los artistas que consultan ese modo de reproducción.

M. BILLOTTE, M. COUDER y algunos otros más completan la lista de los pintores en pequeño, quienes no siempre rescatan como M. Meissonier la insignificancia de los asuntos, con los primores de la ejecución, y que se limitan á dar á luz obras de paciencia. — M. DUVERGER ha pintado una escena triste que lleva por título: *las Lágrimas caseras*. — M. PEZOUS había llamado la atención con sus pequeñas escenas vulgares y cómicas: ¿por qué aberración de la vista ha llegado á pintar cielos, árboles y terrenos de tan mal color y como enfermos atacados de una epidemia?

En medio de la diversidad de las tendencias y del fraccionamiento individual que presenta en Francia la escuela moderna de pintura, hay sin embargo, un impulso bien marcado hacia el estudio sincero de las cosas sencillas y de la vida común. Algunos han elevado esa vuelta del gusto á un sentimiento más natural hasta la altura de una teoría, no solo pintoresca, sino también social. Pero esto era conceder demasiada importancia á un sistema en el cual las variaciones de la moda tenían ciertamente más parte que la filosofía humanitaria. Únicamente aquí hubo la circunstancia de que las nuevas ideas agitadas favorecían el cam-



Exposición de 1855. — Las huérfanas, cuadro por M. Hamon.

que le contienen y le desarman. Hay una tensión forzada, laboriosamente demostrada en los músculos de sus manos, de su cuello y de su cabeza en perfil escorzado.

El procedimiento paciente del pintor, su ejecución detenida que sigue una figura desde los pies hasta la cabeza sin descuidar ningún detalle y trabajando con tanto esmero un botón ó un pliegue de tela como la cabeza misma, tiene algo de frío, que se ve menos en sus cuadros de pequeñas dimensiones, donde los objetos se



Postillon atacado por los lobos, cuadro por M. Charpentier.

condensan y quedan enteros á la vista. Pero ese sistema de ejecución en un cuadro mayor produce otro efecto: la mirada amortiguándose por todas partes sobre cosas iguales en valor, va de un lado á otro al acaso, en vez de obedecer á la imperiosa voluntad del artista que no la permite que divague en un cuadro don-

tura de una teoría, no solo pintoresca, sino también social. Pero esto era conceder demasiada importancia á un sistema en el cual las variaciones de la moda tenían ciertamente más parte que la filosofía humanitaria. Únicamente aquí hubo la circunstancia de que las nuevas ideas agitadas favorecían el cam-

bio de moda y de gusto. Por nuestra parte pensamos que las ideas concebidas anticipadamente y sin examen son mas nocivas que útiles al arte y no fundaríamos grandes esperanzas en obras ejecutadas para sostener una opinion cualquiera. La imposibilidad constituye en el arte una de sus grandezas. Si el arte conmueve, si ejerce, como creemos, una mision social, debe ser no á sabiendas sino por la fuerza de sus atractivos como encanta la hermosura que ignora su poderío. La vuelta á la naturaleza, al realismo de la vida comun que se manifiesta hace algunos años, es una protesta legítima contra la boga prolongada de una pintura falsa y refinada. No faltaban ejemplos para salir de ella, de modo que no habia que hacer ningun descubrimiento en ese sentido. Los pequeños poemas de la vida íntima, de la guardilla y de la choza, habian sido ya maravillosamente descritos por el pincel de los flamencos y de los holandeses. Hoy se vuelve á esas escenas con otra intencion: los unos por parecer sencillos, los otros por seguir un sistema de ideas exajeradas, y estos últimos se diria que han formado empeño de vulgarizar la ejecucion como han vulgarizado los asuntos: no hay pues, aquí una mision social, hay sencillamente una dimision artistica.

M. E. FRERE y M. TRAYER deben ser citados entre los primeros artistas que se consagran con mejor éxito á la interpretacion de las escenas de la vida comun. El primero da con frecuencia á sus obras un sentimiento melancólico y una suave armonía que las presta un encanto particular. *La Comida* es una escena de interior de aldeanos franceses reunidos á la mesa en familia. Unos muchachos, que huyen de la violencia de la mesa, comen en pié ó mal sentados en algunos muebles. Enfrente de un campesino de avanzada edad están sentados á la misma mesa el marido y la mujer, la pareja activa de la choza, cada cual con un niño sobre las rodillas á quien dan de comer con ellos. Hay mucha verdad en el aspecto de esta escena campestre y en los detalles de la modesta pieza donde pasa. Una estrecha abertura alumbraba débilmente y de una manera favorable para el claro-oscuro sordo y vago del gusto del artista, al que sacrifica á veces demasiado el acabado de sus figuras.

Elogios análogos merecen la *Leccion de lectura* y el *Interior de un patio* donde una mujer anciana de rostro de mal humor, está mondando legumbres sobre un banco, en tanto que unos niños juegan en un extremo con mucha alegría. El cuadro del *Viernes-Santo* que representa dos niños de coro dando á besar el Crucifijo á los fieles, es de un colorido claro y agradable, pero muchas figuras son vulgares.

Una *Madre* por M. TRAYER es una escena muy natural, bien alumbrada y de una pintura llena y fácil. En un *Obrador de costura*, el artista nos muestra la asiduidad laboriosa de seis jóvenes reunidas en un cuarto muy pobre. La que parece preside á los trabajos tiene una fisonomía suave, resignada, y marcada con las señales de las privaciones ó del cansancio de cada día que marchita la juventud y gasta el cuerpo. La escena está comprendida y manifestada con naturalidad: la ejecucion es sobria y el colorido suave. Un interés mas vivo tiene otro lienzo donde M. Trayer ha representa-

do una joven obrera sola en un aposento miserable, velando á la claridad de una débil luz, para concluir una manteleta de lujo que ha de entregar al siguiente dia, y sucumbiendo un instante bajo el *Exceso del trabajo*: es una ojeada verdadera sobre las luchas penosas de la mujer que vive sola para ganar lo justo para no morir de hambre. Si M. Meissonier lleva demasiado lejos en sus obras el deseo de mostrar todos los detalles, hay otros artistas que como M. Trayer abrevian demasiado y se contentan con agrupar masas, de lo cual resulta que el dibujo pierde no solo su firmeza sino tambien su precision.

M. A. LELEUX es uno de aquellos que ha contribuido

que trata. Le llaman el Chardin de nuestro tiempo; pero es un Chardin sin el vigor de colorido, sin la firmeza de ejecucion de aquel maestro. M. Bonvin se contenta con agrupar indicando solo sus figuras, sin modelado interior y á veces trabajando el contorno de un modo insuficiente. Es bueno pintar con franqueza, pero no hay que confundir esta con su flojedad. *La Misa rezada* de M. Bonvin presenta una bonita disposicion y un efecto de luz que recuerda las obras de Granet, pero no vemos aquí una pintura acabada. Otro tanto diríamos de *las Religiosas haciendo media*. ¿Porqué sus delantales blancos tienen la pesadez del cañamazo con una epa de yeso, que se usa para vestir las esta-

tuas improvisadas para las fiestas públicas? *La Cocinera* vista de espaldas, cortando la sopa, es de un color pesado, aunque no carece de armonía. Pero ¿qué interés presenta ese estudio? El arte nada rechaza, véanse los mendigos de Murillo; pero exige que la insignificancia ó la trivialidad repulsiva del asunto se halle compensada por el atractivo de la ejecucion.

M. BRETON que compuso en 1850 un cuadro de grandes dimensiones, de intencion lamentable y terrible, titulado *El Hambre*, parece quiere fijarse en las escenas de la vida comun tratadas en pequeño. Es un adepto del realismo que no carece de sencillez, ni de un sentimiento de colorido armónico, pero que aspira al sol mas de lo que habria podido creerse en vista de su gran cuadro de 1850. Ha expuesto dos asuntos campestres, que tienen un aspecto bastante verdadero, pero cuya pintura carece de recursos. Mas carácter hay en el cuadro titulado *el Dia siguiente de la fiesta de san Sebastian*, escena de taberna bastante natural. Los bebedores se recrean con la música de una banda ambulante: un ciego toca el clarinete; un payaso melancólico, toca el tambor, y una joven de traza muy popular sopla en un saca-buche.

— Si ya no se trata en pintura mas que de la verdad material, justo será citar los interiores de M. BOULARD, y mucho nos sorprende que los partidarios acérrimos del realismo no se ocupen de ese pintor.

M. E. ISABEY lleva hasta el abuso el primor de la ejecucion y el chispeo del colorido. Este exceso se nota particularmente en un gran lienzo representando una *Salida de caza en tiempo de Luis XIII*. Los cazadores se hallan reunidos en el patio de un palacio: los altos techos dependientes fuertemente inclinados, forman un marco á la escena con sus pirámides aéreas resplandecientes de luz. Abajo, en torno del peristilo, los cazadores se despiden de las señoras; las telas brillantes se mezclan y luchan entre sí; los colores se reflejan, los toques se muestran tornasolados y la vista ofendida no halla un puesto sereno donde descansar. Y sin duda deberia ser fácil evitar este inconveniente: M. Isabey no tendria otra cosa que hacer que limitarse á sí mismo; con menos turbulencia en el colorido, sus elegantes figuras adquiririan mucho mas valor. — En su cuadro titulado: *una Ceremonia en la iglesia de Delft* (1847) se encuentran aun los mismos personajes con las vestiduras pintorescas del siglo XVI. El *Combate del Terel* es una marina grande llena de movimiento, de una pintura sólida, pero cuyo efecto carece igualmente de unidad.



Exposicion de 1855. — La Francia, figura alegórica, cuadro por M. A. Marc.

con su ejemplo á llevar la pintura de género á esa facilidad que conduce á una ejecucion insuficiente. Pero si su dibujo carece de precision, tiene carácter y justifica su estilo por cualidades de valía. Los imitadores tienen un modo de proceder muy singular: olvidando las buenas cualidades toman por punto de partida los defectos de un artista hábil y los exageran; diríase que se hacen á sí mismos este razonamiento peregrino: « Puesto que la pintura ha llegado hasta aquí gustando al público, si va mas allá gustará tambien. » Y el público celebra efectivamente pero es solo durante cierto tiempo.

Suprimiendo las medianías llegamos inmediatamente á M. BONVIN que se ha hecho una reputacion por la verdad y sencillez de aspecto de las escenas familiares

con su ejemplo á llevar la pintura de género á esa facilidad que conduce á una ejecucion insuficiente. Pero si su dibujo carece de precision, tiene carácter y justifica su estilo por cualidades de valía. Los imitadores tienen un modo de proceder muy singular: olvidando las buenas cualidades toman por punto de partida los defectos de un artista hábil y los exageran; diríase que se hacen á sí mismos este razonamiento peregrino: « Puesto que la pintura ha llegado hasta aquí gustando al público, si va mas allá gustará tambien. » Y el público celebra efectivamente pero es solo durante cierto tiempo.

M. PENGUILLY-LHARIDON nos servirá de transición para llegar á los pintores que buscan con predilección sus inspiraciones en la Bretaña. *El Garito* (1847) es un lienzo pequeño de buen colorido, que representa un hombre herido mortalmente de resultados de una pendencia de juego. *Un Inventor* ha ofrecido al artista el asunto de una escena terrible. El benedictino Berthold Schwartz, á quien una tradición errónea atribuye el descubrimiento de la pólvora, acaba de ser la primera víctima de su invención. Una redoma llena de pólvora estalló, y Schwartz se halla tendido en tierra con el cráneo abierto de un modo horrible. Una luz débil y siniestra alumbraba esta escena, que quiere inspirar la emoción por medios que si bien no están prohibidos al arte, no se debe tampoco abusar de ellos. En otro lienzo M. Pengilly nos muestra unos bretones tocando la gaita. Un maestro enseña á su discípulo que sopla concienzudamente en su instrumento, y ambos caminan por una playa desierta bajo un cielo bien triste.

Hé aquí ahora otros pintores aficionados también á la Bretaña:

M. LUMINAIS trata sus asuntos de un modo verdadero, sencillo, bien surtido, y á pinceladas francas. Tres cuadros ha expuesto: *Los cazadores de aves acuáticas*; *el Repique* y *la Lección de canto llano*.

M. GUILLEMIN en vez del estilo más sólido pero algo tosco de M. Luminais, trata asuntos en lienzos más pequeños (*la Lectura de la Biblia*; *Pascua-Florida*, *el Acaro*, etc.) donde se ve mucha sencillez, gracia y sentimiento. Su colorido alegre y bastante armonioso contrasta también con el de M. Luminais.

M. FORTIN es el más duro de los pintores de esta pequeña escuela. Si se acerca al estilo de M. Guillemín en *la Lección de música*, nada más triste y más verdadero que las dos guaridas donde nos muestra en la una varios campesinos rezando antes de comer, y en la otra (*Chozas del Morbihan*) un aspecto más miserable todavía.

Tantos artistas hay que cultivan la pintura de GÉNERO, que al llegar al fin de los dos artículos que la hemos consagrado, tendríamos que hacer otros dos más para completar este exámen en la Exposición Universal. Hemos querido señalar en sus distintas direcciones las tendencias principales de este ramo de la pintura; muchas obras estimables se quedan fuera aun de nuestra revista, pero sería imposible, como decimos, ofrecer un cuadro completo en donde habría de figurar una falange tan numerosa de artistas.

#### CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

M. HAMON: *Las Huérfanas*. — Este grabado no pudo concluirse á tiempo para intercalarse en el artículo consagrado á M. Hamon en otro número.

M. CHARPENTIER: *Postillon atacado por los lobos*, pequeña escena bien comprendida, pero un poco fantástica en el territorio francés.

M. MARC: *La Francia, figura alegórica*. Esta figura se halla bien compuesta, dibujada con corrección y pintada con cuidado. El manto es sencillo y se halla bien plegado; los accesorios escrupulosamente tratados están bien subordinados á la figura. Por la precisión y la habilidad de la ejecución, M. Marc ha dado á este asunto ingrato todo el interés de que era susceptible; ha salvado el vacío del asunto por el aspecto agradable de la pintura. D. P.

### Amor desgraciado de un Turpial. (1)

Á LA SEÑORITA .....

A light broke in upon my soul —  
It was the carol of a bird,  
It ceased — and then it came again,  
The sweetest song ever heard.  
BYRON.

I.

Sobre la copa ondulante  
De una flexible palmera,  
Levantaba plañidera  
Su nota triste un turpial;  
Y á una *Oropéndola* bella (2)  
Que en otra palma le oía,  
Sus pesares refería,  
Y sus cuitas y su mal.

— Te amo, *Oropéndola* hermosa:  
Eres mi bien y mi encanto:  
Ha tiempo alegre levanto  
Solo por tí mi canción:

(1) *Turpial* ó *Turicha*, ave de la Nueva Granada, algo menor que el tordo. Pelea con los gallos, se domestica con facilidad y es muy cantora.

(2) Ave quizá la más hermosa de España. Es de unas ocho pulgadas de largo, y tiene el pico encarnado, el cuerpo manchado de amarillo, verde y negro, y las alas y la cola negras, con la extremidad de sus plumas amarillas. Se mantiene de insectos y de bayas, y es ágil y bulliciosa.

Ha tiempo que te idolatro,  
Que en tí pienso noche y día,  
Que es tu acento mi alegría,  
Y tus ojos mi astro son.

Yo miro las otras aves  
Con perfecta indiferencia,  
Pues consagro mi existencia  
A no pensar sino en tí;  
En tu nido yo coloco,  
Las más bellas, frescas flores, —  
Rosas de todos colores,  
Lirios, clavel, alelí.

Por donde quiera te busco,  
Por donde quiera te sigo,  
Y es mi mortal enemigo  
Este intenso, vivo amor.  
Te quiero más que á mi nido  
En los rigores del frío,  
Mas que á la fuente en Estío,  
Mas que al aire ayudador.

Más tú no atiendes mis cantos,  
Desdeñas mis frescas flores,  
Y me pagas con rigores  
Mi ternura y mi pasión.  
Yo gimo, yo languidezco:  
Tan solo por verte anhelo;  
Mas alzas siempre tu vuelo  
Al escuchar mi canción.

Bien lo sé: no te merezco:  
Eres demasiado bella,  
Para que pueda tu huella  
Ni aun por los aires seguir;  
Tú mereces que otras aves  
De más hermoso plumaje,  
Te tributen homenaje,  
Y osen contigo vivir.

Me alejo de tí, por tanto,  
Me alejo con mis pesares:  
Voy, atravesando mares,  
En otra playa á llorar...  
Por donde quiera que el viento  
Impulso preste á mis alas,  
Alzaré por tí mi acento  
Y mi lánguido cantar.

¡ Sé feliz, ave hechicera:  
Amente los ruisseños;  
Los valles te presten flores  
Y los bosques pabellón!  
¡ Que encuentres para tu nido  
Fresca paja, musgo blando;  
Nunca el vendabal bramando  
Estremezca tu mansión!

Otras aves, más dichosas,  
Alzarán por tí su canto;  
Mas nunca con fuego tanto  
Ellas cual yo te amarán.  
Muy lejos de tí me ausento;  
Quizá moriré en los mares;  
Mas en ellos mis pesares  
Con mi amor terminarán!

II.

Así el Turpial se despidió  
De la *Oropéndola* hermosa, —  
Y con ala presurosa  
Se pierde en la inmensidad.  
Cruzaba el mar proceloso,  
Cuando el viento rugiendo,  
Y bramando el trueno horrendo  
Empezó la tempestad: —

Agitado por los aires,  
Y con las alas cansadas,  
Entre olas mil encrespadas —  
Muerto el Turpial descendió!...  
Y la *Oropéndola* nunca  
Se acordó del ave amante  
Que á otra ribera distante  
Por ella su vuelo alzó.

III.

Así conocí, Medora,  
Un bardo que idolatraba  
Una virgen que encerraba  
Encantos, gracias, primor:

El la daba sus cantares,  
Y finezas la rendía;  
Mas ella solo tenía  
Desden para el trovador.

El pobre poeta sintiendo  
De su amada los rigores,  
Resolvió con sus amores  
Para otra playa partir:  
La mar estaba agitada:  
Hundióse en ella la nave;  
Y el bardo, así como el ave,  
Fué en las olas á morir!

Jamás recordó la bella  
Al que tanto le adoraba:  
Al bardo que la brindaba  
Flores y versos do quier!  
En el mar se sepultaron  
Del poeta los pesares,  
Y consigo los cantares,  
Que eran parte de su sér!...

Paris, 1855.

J. M. TORRES CAICEDO.

### LAS JAMONAS.

#### CANTO FESTIVO.

Hábleme de jamon ó de cecina  
Quien verme quiera tiritar de gusto;  
Tengo ya de jamon hambre canina  
Y me produce el bacalao disgusto:  
Será muy succulenta una sardina,  
Pero es mejor el salchichon robusto.  
¡ Guerra á toda sardina, guerra, guerra,  
Y vivan las jamonas de mi tierra!

Por el jamon desde mi tierna infancia  
Mostré ya una afición estrepitosa:  
Lágrimas derramé con abundancia  
Por una loncha al parecer sabrosa:  
Nunca á los dulces encontré sustancia  
Y juzgué la cecina apetitosa.  
Carne solo mi estómago reclama  
Y al olor del jamon todo se inflama.

Venid todas á mí, venid jamonas  
Con ese cuerpo sólido y macizo;  
Venid todas á mí, gruesas matronas  
Porque solo con veros me electrizo:  
Yo á vuestros piés arrojaré coronas  
Y seré con las flacas un erizo.  
¡ Maldito quien comete la simpleza  
De adorar de una flaca la belleza!

Muchos hombres se ve, que con locura  
Por las niñas de quince se acaloran,  
Y aunque sean de sal y de hermosura  
Las de veinte años más les encocoran.  
Oían de una *jamona* la gordura  
Y de palos con faldas se enamoran:  
Por estos gustos, que en verdad son malos,  
Dirán que hay gustos que merecen palos.

¿ Quién es el guapo que ante mí celebra  
Una joven delgada como aguja,  
Que se enrosca y se dobla cual culebra  
Si alguien tropieza y sin querer la empuja?  
¿ Una flaca mujer, que pura hebra,  
Parece el alma en pena de una bruja?  
Nadie, nadie publique tal elogio  
Si aumentar nunca ansió el martirologio.

¿ Es posible que exista algun jumento  
Que las sardinas al jamon prefiera?  
¿ Es posible que alguno tenga aliento  
No para amar, para mirar siquiera,  
A una delgada que se lleva el viento  
Sin que llegue á soplar con saña fiera?  
Pedónenme las flacas, no las quiero;  
Es mejor el jamon para el puchero.

Una flaca se muere cualquier día  
Por una horrible enfermedad de pecho;  
No hay flaca que no esté con pulmonía  
Todo el invierno en su abrigado lecho:

Les coge á lo mejor la muerte fria  
Si el médico no está siempre en acecho,  
Y en curarse las toses y catarros  
Tienen todas que hacer mil despilfarros.

Mas ¡cuán diversa, oh cielos, es la suerte  
Que tiene una *jamona*! aun la mas fea  
Salud y vida á borbotones vierte  
Y ni un rudo huracan la tambalea.  
Desafia impertérrita la muerte  
Y en los erudos inviernos mas pasea,  
Porque nada la aflige ni la asusta  
Gozando en sí constitucion robusta.

Sin pensar que hay ahora mucho tuno,  
Las *jamonas* se van con desenfado  
Por todas partes sin temor ninguno;  
Porque tienen sabido y olvidado  
El que la cuerda, como dijo alguno,  
Se quiebra siempre por lo mas delgado;  
Y así aunque entablen doce mil querellas  
Jamás la cuerda quebrará por ellas.

Al ver una *jamona* el mas astuto  
Viejo gruñon á su pesar se hincha,  
Sin que sepa bailar, baila de gusto  
Porque el amor sin compasion le pincha:  
Disfrutando á la vez placer y susto  
Cual un caballo con furor relincha,  
Y tambien cual caballo se desboca  
Y á las *jamonas* con amor provoca.

La *jamona* mas fea me encandila  
Y aun pudiera decir que me *enfarola*; (1)  
Si me coge de esplin, me despavila,  
Y si alegre me coge, me atortola;  
Si una sola me ofrecen en Manila  
Iré á Manila por aquella sola,  
Y si el demonio me ofreciese ciento  
Me lanzaba al infierno muy contento.

Pero miro una flaca, y mas que miro  
Os puedo asegurar que nada veo,  
Y no brota en mi pecho ni un suspiro,  
Ni engendra el corazon ningun deseo:  
De su esbelta cintura no me admiro,  
Ni por linda que fuera me mareo.  
¡Y encuentro de *jamonas* un buen tipo,  
Y me admiro, y me pismo y me constipo!

Dicen que cada cual tiene su flaco,  
Pero no cada cual tiene su flaca,  
Porque no es un cualquiera tan morlaco  
Que entrega á una delgada su casaca  
Y diga lo que guste Horacio Flacco,  
La flaqueza en el mundo es una maca,  
Y el ser gordo es honor que todos quieren  
Pero que pocos por favor adquieren.

El mismo Dios la robustez aprueba  
Cuando castiga la flaqueza humana...  
Por la que tuvo nuestra madre Eva  
De engullirse ¡tragona! una manzana  
Siglos la humanidad penando lleva.  
¡Bien pudo, creo yo, aguantar la gana  
Que tambien de *jamon* tengo yo hambre  
Y lo sufro, y estoy hecho un estambre!

Son los *jamones* de importancia tanta  
Por mas que muchos la supongan nula,  
Que los prohíbe la cuaresma santa  
Al que carece de la sacra bula:  
Yo tengo la de Meco, que me encanta  
Porque permite ejercitar la gula,  
Y así con gusto, con afan ardiente  
En los *jamones* clavaré mi diente.

¡Cuán feliz seré yo si un dia encuentro  
De graciosas *jamonas* cien docenas!  
Aquel dia estaré yo en mi centro  
Al mirarlas rechonchas y rellenas:  
Desde entónces mi alma reconcentro  
En ellas solas para ahogar mis penas,  
Y al *carnívoro* amor de una *jamona*  
Juro que he de pasar la vita bona.

(1) Recomiendo este verbo á la Academia.

Vengan, vengan *jamonas*, y arda Troya  
Háganse los partidos cruda guerra,  
Maldiga de este mundo y su bambolla  
El infeliz á quien el hado áterra;  
Que yo teniendo sustanciosa olla  
Y una dulce *jamona* de mi tierra,  
Por nada de este mundo me aturullo  
Y vivo sordo al general murmullo.

V. MARTINEZ MULLER.

### Á ALEMANIA.

AL AUTOR ALEMAN OEDERIRING,  
conocido con el nombre de Jowe Ganein (1).

Salve, anciana, que en el templo  
De la sacra ciencia moras  
Y su fuego sacrosanto  
En vela eterna custodias.

A tus piés pulso mi lira  
Sentado en la dura roca,  
Y por ser lira, aunque mia,  
Espero que bien la acojas.

Que una lira fué la cuna  
De tu libertad gloriosa  
Que ciñó tu noble frente  
Con la mas bella aureola.

En tí son verdad los sueños,  
Pues cuanto la mente loca  
En sus delirios propone,  
Tú lo intentas y lo logras.

Tu cabellera de nieves  
Con diadema artificiosa  
Por verte á sus piés, un dia  
Ciñó la ambicion de Roma.

Mas sacudiste la frente  
De otra corona ambiciosa,  
Y hoy para la muerte helada  
Cadenas eternas forjas.

Cuál águila al cielo vuelas,  
Y á la tormenta en su cólera  
Robas de la mano el rayo  
Para animar á tus obras.

Trueno la voz de tus bardos  
Como en la bóveda cóncava  
Retumba el rodante trueno  
De la catarata ronca;

O al choque de duros cráneos  
Se abren las tumbas marmóreas,  
Y van los pasados siglos  
Adonde un Gøte los invoca.

O en magia melodía  
Triste baladas entona,  
Y los velos de las nieblas  
Su voz anima y colora.

En tus argentadas noches  
Sus nácares abandonan  
Las ondinas, y en los lagos  
Se mecen voluptuosas.

Y los genios del rocío  
Que preceden á la aurora  
Van á aspirar á sus labios  
De sus besos el aroma.

Las Wilis abren sus alas  
Y se exhalan de las rosas,  
Y brillan en selva oscura  
Cual llamaradas fosfóricas.

Lejano se alza un castillo  
Como un gigante en la sombra,  
Brilla su alumbrada ojiva  
Como ojo de hidra celosa.

Allí una vírgen pregunta  
Por su adorado á las horas,  
Y ellas lloran y se alejan  
De! castillo silenciosas.

(1) El señor D. Juan Eugenio Hartzenbusch firmó con este pseudónimo su linda comedia titulada *Un sí y un no*.

La vírgen suspira un himno  
Al son del arpa sonora,  
Y el rocío de sus lágrimas  
Rueda al clavel de su boca.

En vano: Wilis y Ondinas  
A su adorado aprisionan,  
Y le matan con sus besos  
Y sus danzas voluptuosas.

¡Oh Alemania! tú que hermana  
De la Iberia poderosa  
Ceñiste á su altiva frente  
Con tu dorada corona;

Tú que en su noche de penas  
Sola sus fortunas lloras,  
Y para su frente tejes  
Los laureles de la gloria;

Rosa entre nieves nacida,  
Perene, esplendente antorcha  
De la tierra, urna sagrada  
Que las ciencias atesoras.

Salve. Si un dia de llanto  
Léjos de España me arroja,  
Y al espirar solo veo  
Su imágen en mi memoria,

Recoge tú mis despojos  
Bajo la pesada losa  
Y conserva compasiva  
Mi lira, mi única joya.

CÁRLOS RUBIO.

### Visita á las sepulturas de los capuchinos en Palermo el dia de los Difuntos.

El culto de los difuntos es una de las primeras manifestaciones de la civilizacion de un pueblo. Efectivamente, que se embalsamen los cadáveres ó que se quemien sobre una hoguera para conservar sus cenizas; que se sacrifiquen á los manes de los muertos víctimas humanas, ó que los honren con misas y plegarias; por último que les alcen mausóleos en presencia de la sonrisa de la naturaleza, entre la verdura de los campos y á la sombra de los cipreses ó los sauces, ó que se entierren en las iglesias, siempre es un culto que se rinde á la muerte, y ese culto es de todos los tiempos, de todos los países.

En Sicilia sin embargo, las preocupaciones del pueblo se obstinaban en mantener generalmente el uso de las inhumaciones en las iglesias aun largo tiempo despues que los cementerios del Pere-Lachaise de París, del monte Auburn de Boston y del Campo Santo de Pisa esparcieron su fama por Europa. Es verdad que el gobierno trataba de prohibir ese uso insalubre de enterrar los muertos en medio de los centros de poblacion, y ya, en 1782, el virey Baracciolo habia mandado principiar la construccion de un cementerio á un kilómetro de Palermo, en un lugar designado con el nombre de Espiritu Santo, de una iglesia famosa que existia allí desde el siglo XII.

La posicion del cementerio era soberbia, construido al pié de una risueña colina que conduce á la aldea de Santa-Maria-di-Gesu, punto rodeado de jardines y de bosquecillos de verdura alimentados por un riachuelo que corre á poca distancia, el Campo Santo de Santa Ursula, era un refugio apacible para los muertos cuyos huesos reposaban en paz en aquel sitio. Pero ¡qué recuerdos encerraba aquel pedazo de tierra! Allí habia empezado aquella terrible venganza de un pueblo, señalada en la historia con el nombre de Visperas Sicilianas.

Mas á pesar de esa hermosura de la naturaleza, á pesar de esos heróicos recuerdos, ningun habitante acomodado de Palermo se decidió á elevar una tumba en el ancho espacio que rodea la iglesia de Santa Ursula. Las ruinas del antiguo templo del Espiritu Santo, algunas urnas figurando sarcófagos y la verde yerba, eran sus únicos ornatos. El orgullo humano va mas allá de la tumba. ¿Quién habria querido hacerse enterrar en aquel cementerio del pobre? Aquel cementerio estaba reservado para las clases ínfimas de la sociedad, y para eso habia tambien sus disposiciones. Las que podian pagar el costo módico de un entierro yacian en las bóvedas del cementerio, y un simple letrado indicaba al ménos á los parientes piadosos el lugar donde podian orar y verter una lágrima; en tanto que los mas pobres se hallaban juntos en una inmensa zanja, que en señal de desprecio llamaban *Zubbio*.

Solo cuando llegó ese terrible azote que se llama el cólera desaparecieron todas esas distinciones. La terrible epidemia matando ciegamente la sexta parte de una poblacion de 200,000 almas, nivelaba todas las clases en aquella morada de la muerte, y de 30,000 personas que fallecieron en un mes, no quedan hoy mas que ocho grandes paralelógramos de ladrillos que encierran huesos mezclados con cal y algunas tumbas elevadas

por la piedad ó el orgullo de las familias á la memoria de aquellas víctimas del cólera de 1837.

Por esa época fué cuando las leyes que prohibían los entierros en el recinto de las ciudades y en un circuito de dos millas recibieron su entera ejecución. La autoridad municipal señaló un vasto espacio á la orilla del mar, al Norte de Palermo, para el nuevo Campo Santo, y desde entónces ricos y pobres tuvieron que enviar allí á los que morían.

Únicamente los frailes capuchinos se hallaban exceptuados de esta disposición; aunque su convento estaba colocado dentro de los límites señalados por la ley, los sepulcros de los capuchinos eran demasiado célebres para que la autoridad no hiciese una excepción en su favor, con tanto mas motivo, cuanto que sus procedimientos de inhumación excluyen toda posibilidad de peligro para la salubridad pública.

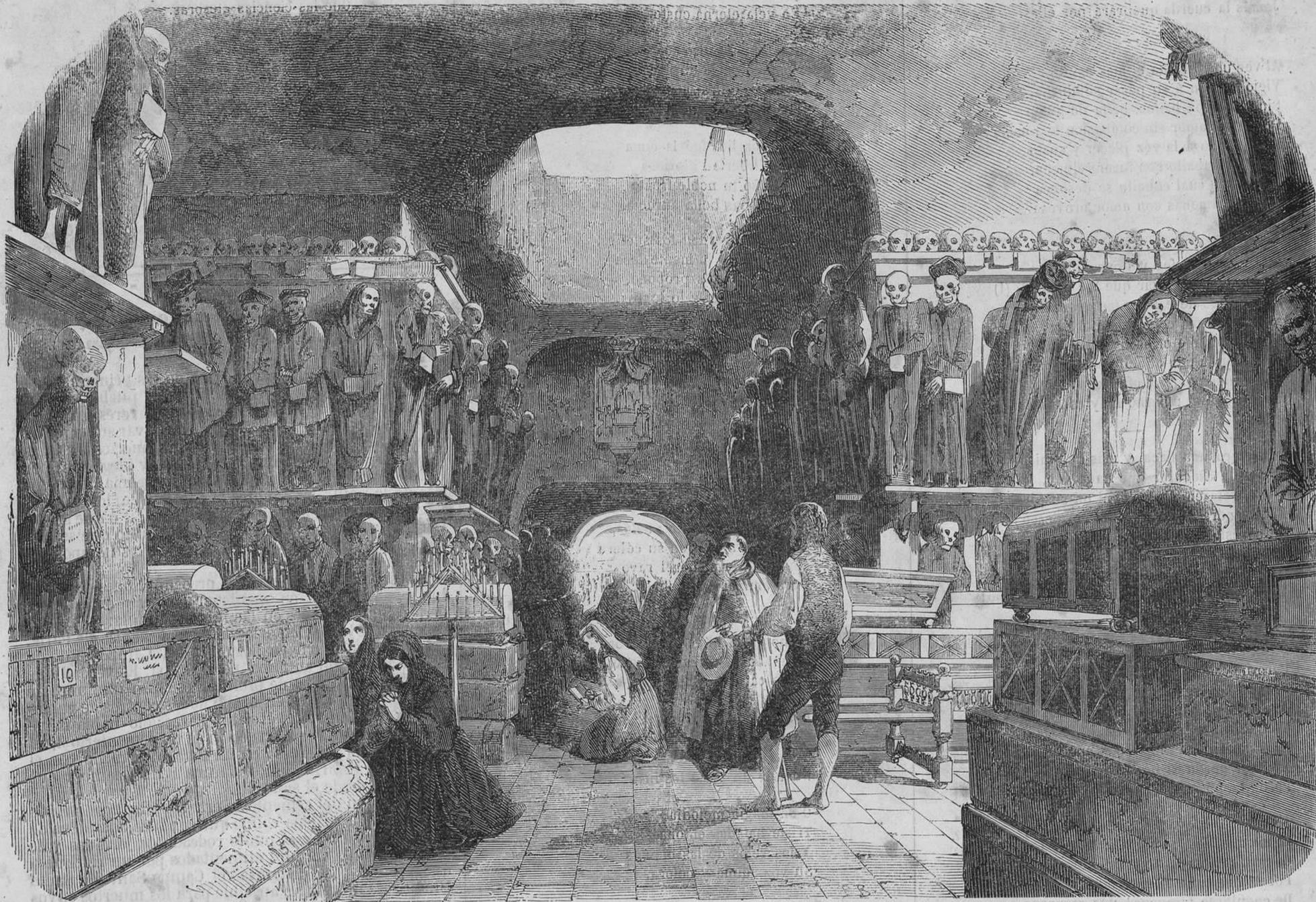
A un kilómetro de la ciudad, y á la izquierda del camino de *Mezzo Monreale*, se abre una avenida larga y ancha, sin casas á los lados y siempre desierta aun en medio del día, pues nadie escoge su vivienda tan cerca de la morada de los difuntos. Algunos álamos plantados á lo largo de las paredes viven raquíticos con

una triste vegetación en perfecta armonía con todo lo demás de aquellos sitios. En el fondo, una doble hilera de cipreses de penacho sombrío, derechos como granaderos austriacos, forman una corona en torno de una pequeña pirámide sobre la cual se ostenta la señal de la redención, en toda su sencillez evangélica, en toda la sublimidad de la idea cristiana. Esa pirámide oculta, por decirlo así, la humilde puerta que da entrada al convento de capuchinos. Todo respira allí la pobreza, así como también el orden y el aseo. Diga lo que quiera Sterne en su *Viaje sentimental*, es imposible no admirar á esos hombres que tienden una mano para pedir limosna de puerta en puerta y otra para ofrecer un socorro al infortunio; que trabajan de día y de noche, no para sí, pues con bien poco tienen bastante, sino para los pobres á quienes ayudan y alimentan; que carecen de toda ambición terrestre, y á cuya puerta puede siempre llamar el menesteroso, seguro de hallar una sopa que tal vez le negarian con acritud á la puerta del rico. Pero hablemos de las sepulturas de los capuchinos. La bóveda, construida en 1624, ha sufrido cambios en nuestros días que al ensancharla la han dado la forma de un vasto cuadrado de arcos que se comunican entre

sí, y que reciben la luz por arriba. Se baja por una escalera de mármol de treinta escalones.

Un espectáculo singular y maravilloso al mismo tiempo se ofrece á la vista del observador en cuanto ha puesto el pié en aquellos subterráneos. Imagínese el lector miles de cadáveres reducidos al estado de momias, colocados de tres en fondo de arriba á bajo de las paredes, revestidos de un tosco sayal, y con letreros en las manos que indican el nombre del difunto, la fecha de su nacimiento y la de su muerte. Amontonadas uno sobre otra se ven arcos de madera ó de caoba, cubiertas de raso, de terciopelo carmesí con franjas de oro y de plata, ó adornadas con armas, cifras y coronas; en ellas están los muertos distinguidos, que las familias no quisieron ver en las hileras comunes; duques; príncipes, marqueses, barones, magistrados, generales y otros personajes mas ó menos ricos y poderosos. Y el día de los difuntos se abren todas esas arcos y se ven todos esos cadáveres alumbrados con hachas, adornados de flores y vestidos con sus trajes mas brillantes; ¡vanidad de vanidades!

Allí se ve, verbigracia, una cabeza de difunto con una corona real, que los buenos frailes dicen es la de



El día de Difuntos en Palermo. — Sepulturas de los capuchinos en Palermo; dibujo de F. Paolo Priolo.

Ajoja, hijo de Amida, rey de Túnez. Parece que ese príncipe mahometano, queriendo convertirse al catolicismo, se fué á bautizar á Palermo, donde tomó el nombre de Felipe de Austria y en donde murió en 1622.

Una de las cuatro salas principales forma una especie de bóveda particular para las señoras. Los cadáveres, en urnas de cristal, ostentan sus adornos de baile ó de corte, ó sus vestidos blancos y coronas de vírgenes.

Todos los que visitan esas bóvedas se figuran que con esos cadáveres se empleó algun procedimiento químico, tanto asombra que esos miles de cuerpos colgados á las paredes no exhalen ningun mal olor y conserven al cabo de tantos años, su forma, la piel del rostro y de las manos, su barba y sus cabellos, y á veces hasta el aire de la fisonomía que por instantes parece se sonríe ó toma una expresion lastimosa.

En toda la Italia se conocen estos hermosos versos de Piedemonti en sus *Popolieri*, sobre este asunto.

..... Spaziose, oscure  
Stanze sotterra, ove in lor nicchie, come  
Simulacri diritti, intorno vanno  
Corpi d'anima vóti, e con quei panni  
Tuttora, in cui l'aura spirar fur visti.

..... le sembianze antiche,  
Non che le carni lor, serbano i volti  
Dopo cent anni e più. Morte li guarda,  
E in tema par di aver fallito i colpi.

« En bóvedas grandes y sombrías ví cuerpos privados de alma que estaban en nichos derechos como estatuas vivas y con los mismos trajes que usaban en el mundo.

» . . . Al cabo de mas de cien años conservan aun su figura, su fisonomía, hasta su carne. La muerte los mira, y teme que sus golpes hayan sido vanos. »

Y sin embargo, todas esas maravillas que sorprenden á los viajeros é inspiran á los poetas, se explican por un procedimiento tan sencillo como natural. En unos nichos mas profundos y totalmente privados de luz, que llaman *scolatoi*, atan á los cadáveres sobre una empalizada bajo la cual corre un arroyuelo de agua viva. La entrada está cerrada por fuera por medio de una piedra con cal; al cabo de ocho meses, se sacan los cuerpos, que por el efecto del aire y de la diólucion pasan á ese estado de desecacion en que ya no pueden corromperse.

Los cadáveres preparados de ese modo están léjos se-

paradamente de llegar á la perfeccion de las momias de Egipto, ó á los resultados de embalsamientos que da la química moderna; pero prescindiendo de esto, no puedo aprobar ese sistema de inhumacion. Cuando me prosterno ante la tumba de mi hijo ó de mi mujer, mi corazón se abre á tristes, pero dulces emociones que se funden en lágrimas, porque veo á mi niño fresco, rosado y tal como constituia el encanto de mi vida, porque mi mujer se presenta á mis ojos; tal como yo la adoraba en mis transportes de amor. Pero si veo al contrario, un horrible esqueleto, tanto mas horrible cuanto que conserva algunas señales de sus formas pasadas, entónces un sentimiento de horror se apodera de mi corazón que contiene todas mis expansiones.

No, puesto que el alma siente la necesidad de honrar con un culto á los muertos venerados, prefiero que sea el culto de la tumba, no la del cadáver, quiero que un rayo de sol venga á calentar la piedra que encierra el objeto querido, que los árboles siempre estén verdes en torno suyo y le presten una sombra hospitalaria, que los pájaros y el viento ligero que agita las ramas canten un himno en su honor y que un eterno perfume embalsame la atmósfera que le rodea.

F. V.